

VICIOS Y VIRTUDES

COLECCION DE CUENTOS

R 57825

Y NOVELAS CORTAS

POB LA

SRTA. DOÑA CAROLINA DE SOTO Y CORRO



ALICANTE:—1894.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. GANGA

Esplanada, 53

VICIOS Y VIRTUDES

COLECCION DE CUENTOS

27822

Y NOVELAS CORTAS

FOR LA

SRTA. DOÑA CAROLINA DE SOTO Y GONN

ALICANTE—1894.

Establecimiento Tipográfico de A. G. S. S.

Islapalms, 58

Contra soberbia humildad

En un pueblo de la provincia de Almería, no lejos de Santa Cruz de Marchena, se veían hace ya algunos años, los derruidos muros de un edificio que por su antigüedad indicaba haber sido morada del señor del pueblo en tiempos del feudalismo.

Como resistiendo al impetuoso empuje de los años, ó por misterioso designio de la providencia, se conservaba la capilla del castillo en tan buen estado, que todavía en cierto día del año, y desde tiempo inmemorial, se decía en ella una misa por el alma de los últimos dueños de la mansión aquella, asistiendo los vecinos de la comarca, los cuales, á la conclusión del Santo Sacrificio percibían una respetable limosna de manos del sacerdote.

Esta obligación, fielmente cumplida por el señor cura, había ido pasando de unos á otros de tal modo, que ninguno se hubiera atrevido á faltar á ella, pues así se hallaba ordenado en los estatutos de la iglesia del pueblo, mientras subsistiera la venerable y antiquísima capilla.

Nadie dejaba de asistir en el día señalado á la bendi-

ta ceremonia; pero en los demás días del año era sabido que ni los tranquilos habitantes del lugar, ni los sencillos pastores de la campiña, se atrevían á pasar ni aun de allí cerca, pues se conservaba entre ellos la supersticiosa creencia de que un alma en pena moraba entre los derrumbados torreones y que sólo en el día de la misa descansaba de su continuo sufrimiento.

Una tarde llegó al pueblo un caballero que por su porte y lujosos trenes, se comprendía que debía ser inmensamente rico.

Nadie, en los pocos días que allí permaneció, le vió entrar en la iglesia ni dar una limosna, cosas que suscitaron las murmuraciones y hablillas de aquella pobre gente.

Ya en el cuarto día se disponía á partir el caballero, cuando atraído quizá por las fantásticas versiones que escuchó de boca de algunos aldeanos, ó sólo por curiosidad, dejando asomar á sus labios una sonrisa burlona, se dirigió á las ruinas del castillo y penetró en la capilla.

Cerca de un año hacía que se había celebrado la última misa, y desde entonces hasta aquel momento, ninguna planta humana se había pesado en su recinto.

Todo, al parecer, se hallaba intacto y cubierto por una capa blanquecina de espeso polvo, y acusaban una antigüedad notoria el desmantelado altar de cedro, la vírgen tallada en el fondo del tabernáculo y los desvencijados sitiales esparcidos en derredor de las desnudas paredes.

De improviso el caballero se fijó en un punto oscuro del muro, donde se hallaba casi desprendida una piedra y algo raro que llamó su atención.

Acercóse y vió, en efecto, una especie de pergamino

enrollado y sujeto por una argolla de oro con una inscripción grabada que decía: *Contra soberbia humildad.*

Una ligera espresión de sorpresa se reflejó en su mirada y la más viva emoción se apoderó de su pecho.

Guardó con cuidado el rollo amarillento y volviendo á su domicilio dió la orden á sus criados de suspender el viaje y se encerró en su habitación ansioso de descubrir aquel misterio.

El pergamino escrito en gruesos caracteres, decía así: "Soy el último vástago de una ilustre familia, y señor de este castillo.

El orgullo de la nobleza de mi raza fué una de las más deplorables cualidades que llenaron de vanas ideas mi cerebro.

Hijo único, envanecido con mis timbres y riquezas, y poseedor del inmenso amor de unos padres tiernos y bondadosos, dejé en libertad los ímpetus de mi corazón, y sentí brotar en mi pecho el aspid del egoismo y el miserable gusano de la soberbia.

Niño todavía visité nuestros dominios en compañía de mi padre, por quien fui presentado á los colonos como futuro señor de sus haciendas.

Desde entonces, me quise imponer de tan desusada manera, y comencé á ejercer tal imperio y tiranía con nuestros pobres vasallos, que en vez de captarme la voluntad y el respeto que por mis nobles padres sentían, comprendí que tan solo les había inspirado temor y ódio.

Esta prueba de predominio en mis pocos años, me exacerbó por completo, y ya no hallé trabas á mi orgullo.

Pasado algún tiempo se suscitó una ardorosa guerra,

y mi padre, como buen caballero, se vió precisado al apresto de su meznada y á marchar á la contienda.

Quedó mi madre abandonada á su dolor y con el único lenitivo de mi presencia que bien pronto había de causarle el más cruel de los martirios.

Solo ya, sin el dique paterno que contenía, aunque débilmente, la violencia de mi carácter, me dediqué de continuo á recorrer mis señoríos, exigiendo á mis colonos tributos exagerados y haciéndoles sufrir las más humillantes bajezas.

Un dia, atravesaba á caballo por entre un carro de labriegos que al verme se descubrieron respetuosos, apartándose del camino. Sólo un anciano permaneció inmóvil sin reparar en mí.

—¡Eh, aparta, villano! le grité altanero.

—Perdonad, señor, soy ciego; dijo aquél con humilde voz.

—¡Aparta, bellaco! proseguí; paso al hijo de tu señor! ¡paso al descendiente de ilustres reyes! y con el duro acicate le herí en el rostro, despiadado.

—¡Maldición! rugió el pobre viejo cayendo en tierra. ¡Maldito! Maldito tú, soberbio joven, descendiente de verdugos y nieto de un ahorcado!

—¿Qué has dicho, miserable? le interrogué colérico é inmóvil, como si una pesada mole de granito se hubiera desplomado sobre mí. ¿Qué has dicho? ¡Habla; explícame esas terribles frases, que si es una torpe injuria, ¡vive el cielo! mañana sostendrá una pica tu cabeza sobre la más alta torre de mi castillo!

—Pues si lo quereis, oid; dijo el anciano levantándose y con imponente acento: la estirpe de vuestro padre es limpia y clara como la luz del sol. En la de vuestra

madre hay muchas imposibles de borrar. Dos de sus ascendientes ejercieron el vil oficio de verdugos. Unida clandestinamente por amor á su noble esposo, esperimentó al poco tiempo la horrible pena de saber, cuando ya habíais nacido, que el autor de sus días había sufrido, por mandato del rey nuestro señor, la vergonzosa muerte de horca, en castigo de una horrorosa y cruel venganza que acababa de ejecutar. ¡Vuestra madre es un angel, pero vos habeis heredado la fiereza de sus antecesores y el orgullo y la maldad de su padre!

—¡Téu la vil lengua, anciano! y ¡ay de tí si me engañas! grité con ronco acento y volviendo grupas delirante, me lancé en vertiginosa carrera hácia el castillo.

Nadie me había hablado nunca de aquel terrible borrón en mi familia, y el baldón que en mi linage descubría hirió de lleno en mi orgullo y precipitó la vehemencia de mi carácter.

Llegué al aposento de mi madre, que como de costumbre oraba; la interrogué con duro acento y hasta la amenacé, porque procuraba ocultarme la verdad. La infeliz me declaró al cabo toda la certeza de la ignominia que pesaba sobre mí. Entonces maldije su linaje, y avergonzado de llamarme su hijo, huf desesperado y recorrí valles, lugares y montañas, y atravesé el oceano, y volé á distantes regiones para encubrir mi deshonra... Pero por todas partes parecía seguirme el eco del anciano que me gritaba:

¡Maldito tú, descendiente de verdugos y nieto de un ahorcadol...

Cansado ya, rendido por las fatigas y el insomnio, caí un día sin fuerzas en medio de un pantanoso camino y allí quedé sin conocimiento.

Cuando recobré la razón, una voz dulce como la de mi madre, parecía decirme al oído:

—¡Vuelve en tí, hijo mío, piensa en Dios; la religión es el consuelo de las almas y todo lo purifica!

Abrí los ojos al escuchar aquellas frases que derramaron en mi corazón un bálsamo desconocido, y ví á mi lado á un extraño personaje de rostro bondadoso y de talar y negras vestiduras.

—Era un venerable religioso.

Nuevamente su cariñoso acento volvió á rociar mi espíritu de un consuelo inexplicable.

Estremecido y agitado por la emoción más viva, me levanté exclamando con asombro:

—¿Quién sois?

—Soy vuestro hermano, me respondió humildemente; busco á los que sufren y procuro su salvación.

—¿Y podríais dulcificar mis dolores y librarme de este fuego devorador que consume mi pecho?

—¡Oh, sí, venid conmigo; aquí cerca se halla mi pobre ermita! La Madre del Salvador que es nuestro escudo, os prestará consuelo; una sincera confesión tranquilizará vuestra alma, y luego el pan de vida os dará la felicidad.

Atraído por su misterioso influjo, le seguí hasta el solitario lugar que le servía de albergue.

A los tres días, repuesto ya de mis fatigas, y sintiendo por todo mi sér una calma y una dulzura hasta entonces para mí desconocida, salí de aquella mansión piadosa, murmurando una plegaria y en dirección á mi castillo.

Cuando después de muchos días volví á divisar sus torreonos y á mirar á aquellos honrados aldeanos, una impresión indefinible se apoderó de mi espíritu y dos lágrimas ardientes se desprendieron de mis pupilas.

El inusitado movimiento que noté en el pueblo y las miradas de asombro y de compasión que todos me dirigían, me hicieron comprender que sucedía alguna desgracia.

Cuando penetré en el castillo supe toda la triste verdad...

El cadáver de mi virtuosa madre, muerta al impulso de mi criminal desprecio y de mi cruel abandono, se hallaba en la capilla sobre un elevado catafalco, iluminado por multitud de pálidos hachones....

Dos horas antes, un mensajero cubierto de polvo, había traído la fatal noticia de que mi padre había sido muerto heroicamente en el combate...

Aquella doble desgracia fué el más severo castigo de mis culpas.

Me arrodillé al pié del lecho mortuario, pedí perdón á madre y le juré desde el fondo de mi corazón, hacer una vida humilde y penitente, dedicando mis riquezas á los necesitados.

Desde entonces esta capilla es mi morada.

Aquí todos los días oigo una misa por el eterno descanso de mis padres.

Cuando yo muera, esta sagrada ceremonia se repetirá una vez al año por la salvación de mi alma, repartiéndose después una bendita limosna entre los pobres.

¡Oh, tú, cualquiera que seas, reza por mí y vé en mi necio orgullo mi castigo!

Así terminaba el manuscrito.

El caballero, presa de mortal agitación, comenzó á pasear por la estancia.

Las primeras tintas de la aurora penetraban por la ventana.

Cuando se apercibió que era de día, sin cuidarse del desorden de su vestido, salió de la casa y se dirigió á la iglesia.

Terminado el Santo Sacrificio de la misa que escuchó con recogimiento, solicitó del sacerdote que le escuchara su penitencia.

Algunos minutos más tarde, sentado junto al religioso, le decía de esta manera:

—Padre mío, soy un miserable pecador que necesita los auxilios de la gracia divina para salvarse. Hijo de unos honrados labriegos, crecí en la humildad y en la pobreza. No conforme con mi suerte, cuando llegué á la edad de la razón, abandoné mi hogar y á los que me dieron el sér.

La fortuna no se mostró esquiva á mis deseos.

A la vuelta de algunos años, era ya dueño de un capital, que por medios ilegales se fué aumentando, viniendo á constituir una fabulosa riqueza.

Envanecido con la brillante posición que me había adquirido, y creyendo deshonrarme con el recuerdo de mi origen, procuré olvidarlo, y hasta borré de mi memoria á los rudos autores de mi vida.

Dolidos éstos de mi ingratitude, lloraron largos años mi desvío y mi inclemencia, pero ansiosos de verme y de estrecharme contra su pecho, se presentaron un día en el dintel de mi lujosa morada, pidiendo á los criados que los pusieran en presencia de su hijo.

Aquéllos, con extrañeza, se apresuraron á comunicarme tan particular demanda.

Contrariado y sin darme cuenta salí á su encuentro, y al ver á los pobres ancianos, en cuyos ojos brilló la ternura y la alegría, el rubor del miserable orgullo encen-

dió mis mejillas y rechazé cruel sus demostraciones de cariño, diciendo á mis servidores:

—¡Dad una limosna á esos mendigos!

¡Un doloroso grito del maternal pecho y una terrible maldición que lanzó mi padre, extendieron sus ecos por los ámbitos de la casa y quedaron constantemente resonando en mis oídos!

Desde entonces he buscado en el ruido de las orgías y en la locura de los placeres, algo con que acallar esos gritos que aun escucho en mi conciencia.

Hoy no sé por qué misterioso designio he descubierto una triste historia que se asemeja á la mía y he comprendido por ella todo lo innoble de mi soberbia y lo criminal de mi conducta.

¡Padre mío, yo deseo borrar con buenas obras todo el mal que he causado! Yo anhele la salvación de mi alma y que Dios me perdone!

Algunos años después, en el mismo sitio que ocupó la capilla y sobre las ruinas del castillo se levantaba un suntuoso templo.

El día en que lo recordamos tocaban sus campanas la fúnebre plegaria de los muertos.

Los sencillos moradores de la comarca penetraban en su recinto y con lágrimas en los ojos se arrodillaban ante una humilde losa.

Allí acababa de ser enterrado el piadoso fundador del templo y generoso bienhechor de aquellos buenos aldeanos.

Era el caballero á que antes nos referimos.

Los últimos años de su vida se habían deslizado allí en la mayor humildad y mansedumbre evangélica, des-

pués de haber distribuido su riqueza entre los pobres.

En medio de dos sencillos sepulcros que encerraban los restos de sus padres, se veía la losa que acababa de cubrir los suyos y sobre la cual se leían debajo de su nombre y en grandes caracteres estas palabras de nuestra santa doctrina:

«¡Contra soberbia humildad!»



Contra avaricia largueza

Cuando á consecuencia de la guerra civil quedaron assolados algunos pueblos del Norte de España, un honrado labrador de la provincia de Alava, viendo talados los campos y perdida su cosecha, consideró la terrible miseria que le aguardaba y juzgó lo más conveniente emigrar á otro país de más recursos, en donde pudiera ganar trabajando el pan para sí y su mujer y sus dos hijos, un niño de ocho años y una niña de seis.

En su juventud había sido descargador en el muelle de un importante puerto y hacía allí pensó dirigirse, nuevamente, dejando á su pobre familia recomendada al señor cura y á la merced de algunas buenas almas.

Para verificar su traslado se vió precisado á caminar algunas leguas á pié, embarcándose luego en el primer puerto de mar á fin de recorrer las millas que lo separaban del punto á donde deseaba llegar.

Pero las cosas estaban dispuestas por la sabiduría in-

finita de distinto modo, y aquella misma noche hubo una niebla tan espesa, que perdida la brújula varió de rumbo la embarcación, encontrándose á la mañana siguiente, cuando aclaró, mar á dentro sin dirección fija y sin poder marcar su derrotero.

Perdidos de esta manera caminaron muchos días sumidos en la mayor angustia, hasta que por fin divisaron un vapor mercante español, y al observar la dirección que llevaba pudieron orientarse, viendo con sorpresa que se encontraban en aguas indo-británicas y no lejos de la isla de Ceilán.

Ansiosos de ver tierra y precisados por la carencia de víveres y de agua, se dirigieron á dicha isla, pudiendo arribar felizmente y con gran contento de todos, á la siguiente mañana.

Ya en aquel país forzosamente, decidió nuestro buen hombre, que se llamaba Roque, probar su suerte y no quiso seguir á sus compañeros cuando provistos de lo necesario volvieron hácia su patria.

Algunos días vivió Roque implorando la caridad de los isleños y de los españoles que veía, hasta que pudo introducirse en casa de un tallista en ébano y sándalo, y captándose sus simpatías logró quedar á su lado y aprender el oficio.

Así se pasó algún tiempo: mas una tarde en que paseaba por la orilla del mar, pensando como siempre con tristeza, en su lejano país, en su pobre familia que nada podía saber de él, y en la necesidad de reunir medios para auxiliar á aquellos seres queridos, se puso á considerar en lo inmenso de la distancia que lo separaba, y de reflexión en reflexión llegó á pensar en las maravillas que aquel piélago encerraría en su fondo.

Esta idea se fijó tenazmente en su pensamiento y muchas tardes se paseó por el mismo sitio calculando que él quizás podría encontrar allí la base de su fortuna.

Transcurrieron cuatro años.

Contaba ya con algunos pequeños ahorros y se despidió de su amo para poner en práctica sus proyectos, que hubo madurado bien en tan largo espacio de días, y el cual consistía en introducirse bajo las aguas y rebuscar en su fondo.

Cubierto con un traje especial parecido al de los buzos y prevenido de un aparato respiratorio, hizo su primera exploración por el fondo del mar, teniendo la suerte de arrancar de entre moluscos y plantas marinas una masa informe, que después tuvo la satisfacción de ver que era toda de coral.

Animado con el feliz resultado de este primer ensayo, hizo su segunda inmersión y extrajo entonces una grande concha que encerraba, según vió luego, una hermosísima perla.

Sus esperanzas no se habían defraudado y pudo ver su sueño convertido en realidad.

Roque siguió sus atrevidas y peligrosas exploraciones por bajo del agua, durante algunas horas todos los días; defendido con su aparato, lograba extraer del hondo seno conchas, corales ó algunas otras de las maravillas que se ocultan en el fondo del mar.

En tan penosa y difícil tarea continuó afanoso largo tiempo, viendo con orgullo y con placer que iba formando una riqueza grande, pues muchas de las perlas cogidas eran de un valor inmenso por su tamaño y belleza.

Así pasaron ocho años.

En este tiempo hizo buenos negocios con la venta de

algunas conchas que guardaban magníficas perlas, y de otras piedras preciosas y corales.

Su fortuna había crecido de una manera considerable, y juzgándose ya satisfecho, calculó que su tesoro ascendería á unos cuantos millones de reales y decidió abandonar su arriesgada empresa y prepararse para volver á su país con la satisfacción del hombre que ha conseguido, con exposición de su vida, la dicha para los seres queridos de su alma.

Pero no se marchó de aquella isla sin dar antes gracias á Dios por cuanto le había favorecido con sus beneficios, y dejar á los isleños una prueba de su benignidad y largueza, con una buena limosna y con la fundación de un asilo de caridad para los pobres desamparados.

Provisto de su tesoro, tomó pasaje en un vapor que iba directamente á España, y después de algunos días de navegación y de un viaje feliz desembarcó en Barcelona.

Ya en la capital del principado, dudó un momento si escribir á su familia ó presentarse de improviso ante ella. Optó por esto último, y en alas de su amor y de su deseo, atravesó la distancia que le separaba de su pueblo.

Al fin pudo estrechar contra su corazón á su mujer y á sus hijos que le recibieron con las mayores muestras de júbilo, porque lo juzgaban ya muerto.

Los doce años transcurridos habían sido bastante para cambiarlo todo; sin embargo, aquella familia vivió hasta este día en la mayor miseria.

Marta, la mujer de Roque, había enfermado hasta el extremo de no poder trabajar. Pablo, su hijo, era un joven de veinte años, robusto y fuerte, que trabajaba, pero que dejaba en su casa muy poco de su jornal, pues su

carácter ambicioso y egoísta le hacía guardárselo casi todo.

En cambio Andrea su hermana, era una hermosísima joven de diez y ocho primaveras, que procuraba á costa de desvelos los mayores cuidados para su madre y que poseía rarísimas virtudes.

Roque también había variado mucho; las fatigas, los trabajos y penalidades, le habían hecho adelgazar y envejecer notablemente.

Desde el momento en que se vieron todos reunidos y que la familia pudo cerciorarse de la inmensa riqueza que Roque traía, buscaron una casa cómoda, procuraron los medios de curación para la pobre enferma y todo varió satisfactoriamente de aspecto.

Roque comenzó á notar en las condiciones de sus hijos una desigualdad visible.

Andrea, era toda ternura, generosidad y pureza.

Pablo, todo ambición, dureza é hipocresía.

Las cualidades de éste disgustaron en alto modo al honrado padre y pensó poder enmendarlas con su buen tacto y cariño, pero inutilmente.

Desde el día en que Pablo vió por sus ojos las riquezas que poseían en oro, perlas y corales, se hizo más díscolo, duro y reservado. Ambiciosas ideas se despertaron poderosamente en su pecho, y alguna pesadilla tenaz comenzaba á germinar en su cerebro.

Así debió adivinarlo el padre, cuando para cortar aquel mal que empezaba, determinó, obrando prudentemente, hacer en sana salud las particiones y entregar á cada uno de sus hijos lo que le correspondía.

Hízolo así, y Andrea rogó á su padre que él mismo fuera depositario y administrador de sus bienes; pero Pa-

blo, pálido por la emoción, recibió su fortuna con un afán indescriptible, y la guardó cuidadoso.

Aquella misma noche, Pablo, encerrado, en su habitación, sacó la preciosa caja de ébano que contenía su tesoro, y se puso á contemplar con avidez y admiración, toda la riqueza de que era exclusivo dueño.

Desde entonces fué su mayor placer recrearse en las valiosas perlas y el oro que poseía, y en esta ocupación pasaba largas horas antes de entregarse al sueño. Pero su insaciable corazón no se hallaba por esto satisfecho. El brillo de aquellos objetos que tanto le fascinaban, avivaron en su pecho el gérmen de la ambición y encendieron en su alma el fuego de la avaricia.

—Oh, sí! decía, después de haber contado por la milésima vez las perlas y demás preciosidades que escondía. Yo puedo aumentar esta riqueza. Yo también, como mi padre, puedo extraer del fondo de los mares un rico tesoro. Sí, sí, iré y lucharé con el poderoso elemento. Las perlas valen oro, y yo quiero mucho, mucho oro.

La madre del descontentadizo y ambicioso joven, no había sentido alivio en su enfermedad, y á pesar del exquisito cuidado de su esposo y de cuantos remedios fueron necesarios, fué agravándose hasta el extremo de que ya era difícil su salvación.

Pero esto no le detuvo á Pablo, y expuso al padre su proyecto de marchar á la isla de Ceilán para seguir explorando aquel lugar tan fecundo en perlas y maravillas.

—Hijo mío, le dijo Roque; á qué quieres exponer tu vida? ¿no tienes bastante ya con lo que yo te he proporcionado á costa del peligro de la mía?

—Oh, nó, padre, yo necesito más; dejadme ir.

—Tu madre se muere...

—Yo volveré, pero dejadme; quiero saciar este afán que me devora.

—Pues hijo, que Dios te ayude; exclamó el padre con las lágrimas en los ojos. Y dándole sus instrucciones y sus aparatos de inmersión, lo despidió con sentimiento.

La desmedida sed de riquezas que se revelaba en su hijo, llenó su corazón de dolorosa amargura.

A los pocos días de la marcha de Pablo, moría la infeliz madre víctima de la enfermedad ya contraída, y en la mayor pesadumbre por la ingratitude de su hijo.

La virtuosa Andrea quedó consolando á su padre, y siendo para los pobres del pueblo, con quienes compartía sus bienes, una hermana generosa.

Transcurrieron dos años.

En este tiempo, solo una carta habían recibido de Pablo, quejándose amargamente de lo inútil de sus investigaciones.

Las penas y los trabajos pasados minaron la salud de Roque, y una afección penosa comenzó á fatigar su pecho.

Temió la proximidad de la muerte y escribió á su hijo.

Pablo no contestó á esta sentida y cariñosa carta. Los reveses de la fortuna y los contratiempos sufridos en su empresa, habían empedernido aún más su corazón.

En vano bajaba al fondo del mar y se esforzaba por buscar las conchas.

Dios no protegía su avaricia, y así casi siempre volvía sacando en vez de los valiosos objetos que deseaba, las manos y los pies ensangrentados.

Inútil fué, así mismo, sus exploraciones por distintos

sitios. Su rabia por no poder realizar su constante anhelo, era infinita.

Un día le indicó un viejo isleño conocedor de aquellos lugares, el más apropiado para la pesca de conchas.

A poco recibió una carta de su pueblo.

Su padre se sentía morir y le llamaba para abrazarle.

«Ven, hijo mío, le decía; abandona esa ciega ambición y ven á recoger mi último suspiro.»

—¡Oh, exclamó con terrible cinismo Pablo; antes quiero cojer algunas perlas!

Y se dirigió al sitio indicado por el anciano isleño.

Aquel día, algún espíritu maligno pareció favorecerle. Una hermosísima concha apareció entre sus manos.

Volvió á sumergirse una y otras veces y fué sacando sucesivamente varias piedras raras y de valor.

Loco de alegría con tan buena pesca, tornó á su morada, una miserable barraca que le servía de hogar.

Debajo del duro camistrajo que era su lecho, ocultaba perfectamente enterrada en la tierra la cajita que contenía su caudal, el cual iba á ver aumentado en este día feliz con un placer infinito.

Apartó los obstáculos que le estorbaban... más con los ojos espantados y los labios contraídos por el más terrible dolor, halló vacío el hueco donde encerrara la cajita.

¡Le habían robado!

Su ira y su desesperación no tuvieron límites.

En vano gritó y amenazó. En vano se quejó á la autoridad é hizo pesquisas durante algunos meses; la caja de su tesoro no pareció.

Loco, por no haber podido satisfacer sus deseos y ver en cambio destruidas sus ilusiones, debilitado y con un terrible reuma en el pecho que no le permitía ya conti-

nuar en su afanoso ejercicio, pensó en volver á España y al seno de su familia.

Pero á su regreso miró patentizado el justo castigo por su codicia.

Su padre había muerto en la certidumbre de que su hijo habría perecido víctima de su imprudente avaricia, á juzgar por su silencio, y dejó sus riquezas á congregaciones piadosas y para la fundación de un hospital.

La buena Andrea había tomado el velo de religiosa y profesó poco después de quedar huérfana, en un convento de Carmelitas, repartiendo entre los necesitados su dinero y cuantos valores poseía.

Pablo, por su loca ambición, se encontró sólo, pobre y con una tenaz dolencia que le obligó á recurrir al hospital.

La generosidad y munificencia de su padre y su hermana, le proporcionaron aquel benéfico asilo, donde terminó en breve los días de su vida, sufriendo amargamente las consecuencias de su criminal conducta y de su innoble é insaciable avaricia.

Contra lujuria castidad

En uno de los más apartados arrabales de una populosa capital y en una humilde casa, se estaba representando al empezar nuestro relato una escena dolorosísima.

En medio de una desmantelada habitación y en un lecho de caoba, que denotaba algo de pasada grandeza, acababa de espirar un hombre que frisaría en los cincuenta años.

En los rasgos característicos de su pálido rostro, surcado aún por las huellas del dolor, podía observarse toda la distinción y nobleza del hombre que ha ocupado una desahogada posición y que sintió en su pecho un corazón tierno y bondadoso.

A la derecha de la cama un sacerdote encomendaba á Dios con sentidas preces, el espíritu aquel que acababa de desligarse de la materia para volar á la eternal morada.

Al otro lado una mujer arrodillada estrechaba una mano del difunto, como si quisiera retenerlo siempre á sí y derramaba á la vez ardientes y copiosas lágrimas.

Y últimamente, á los piés del lecho y de hinojos también, una hermosísima joven de diez y siete años, rubia y candorosa como los querubines que guardaron el sepulcro del Señor, alzaba los azules ojos al cielo con expresión infinita.

Al terminar sus oraciones el sacerdote, procuró consolar á aquellas tristes criaturas y apartarlas de allí, puesto que su misión junto al sér amado había concluido.

—¡Pobre esposo mío!... exclamó bañada en llanto la infeliz mujer. ¡Ni un pedazo de tierra comprada que poder ofrecerte!... Ni el consuelo siquiera de saber en dónde te hallarás depositado para rezar sobre tu sepulcro!...

—Vamos, señora; Dios le ha recibido en su seno; ¿qué mejor lugar quiere usted para él? dijo con bondadoso acento el religioso, que permaneció algunos momentos más, exhortándolas á la resignación.

Poco después se despidió afectuosamente, mas no bien hubo andado algunos pasos fuera de la habitación, cuando se le acercó vivamente la joven.

—Tome usted, padre mío, le dijo conmovida; mi único traje y mi relicario de oro... ¡cuanto poseo!... procure usted, se lo suplico, que alguien tome estas prendas y el resto de nuestros muebles, en cambio de la suma precisa para comprar una fosa á mi padre!

—¡Alma pura y bendita! la contestó el religioso; ¡guarda, guarda todo eso; tu padre tendrá una sepultura propia! y se alejó murmurando una plegaria por aquella tierna niña.

Poco tiempo después, madre é hija recomendadas por

el sacerdote, ocupaban un cuartito en casa de un anciano no pariente suyo, que se prestó á protegerlas.

Aquellos dos seres habían disfrutado una posición distinguida en la sociedad.

El padre de Teresa, que así se llamaba la joven, hombre de capacidad y de severos principios, llegó á ocupar elevados puestos en la política, á la que siempre le guió sinceramente el amor pátrio y nunca el propósito de merecer.

Quando una de esas evoluciones tan frecuentes en la vida vino á variar las cosas, con el cambio de Gobierno el hombre probó desinteresado y leal, quedó postergado al olvido.

Pasado algún tiempo, una quiebra inesperada lo redujo á la pobreza y poco más tarde, una dolorosa enfermedad, lo conducía al sepulcro.

Esta fué la historia de aquel honrado y generoso patrio.

Su mujer y su hija quedaron en la más triste orfandad.

Gracias á la piedad del buen cura tuvieron éstas un asilo donde refugiarse y una sepultura propia en donde guardar aquellos restos queridos.

Teresa, joven delicada é impresionable como la sensitiva, se vió obligada á trabajar.

Su pobre madre comenzaba á imposibilitarse. El llanto que de continuo derramaba iba quemando sus pupilas y una nube espantosa se estendía paulativamente por sus ojos.

La joven, tierna y cariñosa, multiplicaba sus cuidados, bordaba de día y de noche y procuraba á su madre alimentos con el mezquino producto de su trabajo.

Un día en que volvía de la calle, un hombre, que la había seguido muchas veces, se interpuso en su camino.

—Teresa, le dijo resueltamente; conozco tu situación, yo puedo aliviarte si tu quieres; aceptas mi cariño?

—Gracias, caballero; contestó ella apresurando el paso y sintiendo que el rubor encendía su rostro.

Aquel era uno de los que habían conocido á Teresa en distinta posición, y quería ahora aprovecharse de su humildad para cubrirla de ignominia.

Al día siguiente volvió á insistir el caballero, pero obtuvo la misma respuesta, repitiéndose esta escena durante algunos días más.

Una tarde le dijo el impertinente enamorado:

—Oyeme, Teresa, te conviene lo que te voy á decir.

—Bien, hable usted, le contestó ella deseosa de terminar.

—Eres muy hermosa; lo difícil de tu posición dará lugar á que algún día admitas las proposiciones de cualquiera; yo puedo desde ahora ofrecerte cuanto deseas... lujo, comodidad, amor...

—Basta, caballero, le interrumpió Teresa; nada deseo, ni ambiciono más amor que el de mi madre; y así diciendo intentó proseguir su camino, pero su interpelante la detuvo todavía.

Tu madre se halla enferma, casi ciega; si la amas, haz algún sacrificio por ella; atiende á lo que te digo, y haré que los mejores médicos del mundo se presten á su curación, y que disfrute de una existencia tranquila y desahogada.

¡Oh! exclamó la joven con firmeza; es inútil; ¡Dios es misericordioso y velará por ella y por mí!

Y emprendió vivamente su marcha, con la faz roja como las amapolas de los prados.

El caballero rugió de despecho ante la poderosa obstinación de aquella inocente niña.

—¡Tú accederás; ó vive el cielo, que he de poder muy poco! murmuró enfurecido, mientras se alejaba maquinando sin duda algún plan diabólico.

La joven llegó á su casa presa de la mayor agitación.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! decía para sí; tengo miedo de ese hombre; libradme de él! Mas procuró disimular ante su madre.

Hubiera deseado no salir de su casa en muchos días; pero la precisión de ir á entregar su obra la obligaba á ello.

A la tarde siguiente, retrasando un poco la hora, se dirigió á la casa en donde le facilitaban el trabajo.

Su constante perseguidor se encontraba, como de costumbre, no lejos de aquel sitio, acechando el momento de verla.

En vano quiso ella salir del establecimiento recatándose de sus miradas.

A los pocos pasos sintió que se le acercaba y le decía:

—Teresa, Teresa, ámame, ó de lo contrario, el oprobio más cruel hará girones tu honor!

¡Virgen mía! ¡piedad! exclamó la infeliz sin detenerse.

—No, no la tendré de tí sino atiendes á mi ruego; mañana, sábelo bien, mis amigos todos sabrán que tú vives en la morada de un hombre á quien algunos no vacilaron en desestimar. Tu reputación se verá manchada, y después... después yo pondré en práctica mis planes

para conseguir mi empeño; y una sonrisa de feroz satisfacción se dibujó en sus labios.

Un grito de espanto se escapó del pecho de la pobre niña, que huyó velozmente hácia su casa.

Al llegar, se arrojó estremecida en los brazos de su madre y lloró con amargura.

¿Qué tienes, hija? la preguntó sorprendida aquélla:

¿Qué te sucede para esa profunda inquietud, para esa mortal angustia que manifiestas?

—Madre, madre mía; salgamos de esta casa; la maldicencia va á cebarse con nosotras y con nuestro noble protector!

—¿Pero qué nueva desgracia es esa que nos amenaza? ¡Dímelo, por Dios!

La joven refirió entonces á su madre lo que le venía aconteciendo con aquel hombre que en otro tiempo fué para ellas amigo respetuoso.

La pobre señora lloró amargamente.

El temor de la ignominia que pudiera lanzar aquel malvado sobre su inocente hija y sobre el piadoso caballero que les daba asilo, le estremeció profundamente.

Era preciso abandonar enseguida aquella noble mansión y huir á un parage ignorado para el infame perseguidor de Teresa.

¡Pero, cómo? carecían de recursos; la tierna madre se hallaba casi ciega!...

—¡Dios mío!... exclamó ésta en un arranque de dolorosa congoja. ¿Qué haremos? ¿A dónde ir que no nos persiga el infortunio?... Mis ojos se van oscureciendo cada vez más, por una nube sombría!... ¡mi hija, mi pobre hija, se verá expuesta á las terribles acechanzas de ese hombre

envilecido!... Señor! Señor! no me apagues la luz que ahora tanto necesito!...

Y de sus dolientes ojos siguió vertiendo un raudal de lágrimas que le abrasaban las mejillas.

Teresa, que había permanecido abatida, levantó la casta frente embellecida como por una aureola celestial, y dijo con emoción:

—Madre, en una bohardilla de esta casa vive una mujer que posee un rebaño de ovejas en un monte no lejano de esta ciudad. Ayer me dijo que había despedido al pastorcillo por descuidado y que necesitaba otro muchacho para guardarlas, espere usted.

Y sin decir más, salió velozmente de la habitación, volviendo á los pocos instantes.

Una sonrisa cándida como la de los ángeles se dibujaba en su boca.

—Madre mía! dijo con expresión de ternura; mañana, al amanecer, saldremos para el campo; los aires puros de la montaña fortalecerán su salud, y quien sabe si le harán un beneficio para la vista. Residiremos en la choza de nuestra buena vecina, que también nos proporcionará alimento, en cambio de mi cuidado por sus ovejas. ¡Oh, allí no tendremos que temer la persecución ni la calumnial

—Hija pura y virtuosa! Dios te colmará de bondades y te cubrirá con su misericordia bendita!

Aquella noche se despidieron del anciano y generoso señor que las había favorecido, y á la mañana siguiente, muy temprano, madre é hija, acompañada de la vecina, se eucaminaban al monte.

Allí tomaron posesión de su nuevo y rústico albergue.

Teresa, quedó convertida desde aquel instante, en una hechicera pastora.

Transcurrieron muchos días en aquella vida campestre, volviendo la tranquilidad al espíritu de las dos mujeres.

La más venturosa calma reinó desde entonces en sus sencillos y tiernos corazones.

La joven cuidaba cariñosa de sus corderos. Bajaba con ellos al valle; los conducía á lo más elevado de la montaña, se internaba por lo más intrincado de la arboleda y saltando breñas, corriendo por penosas pendientes y entonando dulces cantares, volvía con sus compañeras á la puesta del sol, y contenta y resignada, iba á arrojarle en los brazos de su madre.

Todos los campesinos de la comarca sintieron un cariño y respeto profundo por aquella zagala hermosa, y todos se interesaban por la salud de su buena madre.

Pero ésta cuya pena era cruel por ver á su amada hija en tan humilde estado, había concluido por perder el último rayo de luz que le restaba á sus ojos.

Un día en que Teresa se encontraba, como de costumbre, lejos de la cabaña guardando el ganado, llegó la mujer dueña de éste, á la choza, y dijo á la pobre ciega que un caballero le había preguntado con interés el paradero de Teresa, que ella no tuvo inconveniente en indicarle, y que tal vez no tardaría en visitarla.

Las señas convenían con las del perseguidor de la inocente muchacha.

Por fin había descubierto dónde se hallaba, y en breve quizá sería la infeliz víctima de la imprudencia de aquel hombre... Y en el campo, en aquel lugar tan solitario, sin el auxilio de nadie...

¡Oh! la triste madre quiso correr en busca de su hija

para prevenirla... pero, cómo encontrarla? Teresa se hallaba en el monte y aún tardaría en volver a la cabafia... y entre tanto el miserable podía llegar... encontrarla á su paso...

—¡Dios mío! exclamó con desesperación: iluminad siquiera algunos momentos mis nublados ojos, que yo pueda avisar á mi hija del peligro que la amenaza!

Y se lanzó al campo, echando á correr sin dirección y sin tino.

—¡Teresa! ¡Teresa!... gritaba esforzándose por ser oída; ¡hija mía! ¿dónde estás?

Pero en vano; su voz se perdía en el espacio; la joven debía encontrarse lejos.

La atribulada mujer seguía y seguía corriendo y llamando sin cesar.

De repente le pareció escuchar la voz de su hija que le contestaba... pero al mismo tiempo sintió que le faltaba la tierra bajo sus piés, y al hallar el vacío cayó presa de una conmoción terrible.

Un grito agudo, desgarrador, se oyó cercano.

La desdichada niña, que acudía á las voces de su madre, la vió precipitarse por una cortadura del camino.

Cuando pudo llegar á su lado la encontró casi exánime, desgarrados los vestidos y con una ancha herida en la cabeza.

—¡Madre, madre del alma! gritó entonces con una expresión de dolor inmenso.

—¡Hija!... pudo apenas articular aquélla. ¡Huye... el infame llegará hoy mismo... salva tu honor!... y quedó desvanecida!

Teresa procuró restañar con su pañuelo la sangre que brotaba á borbotones de la profunda herida.

En medio de aquel angustiado trance, el galope de un caballo que cruzaba por el camino, le hizo levantar la cabeza.

Una palidez mortal cubrió el semblante de la desgraciada niña.

Acababa de reconocer al ginete. Era el mismo; el mismo que se había propuesto hacerla víctima de sus lúbricos deseos, que se dirigía hácia la choza!

La profundidad del sitio donde ocurría la sensible escena que descubrimos, libró á la infeliz joven de ser vista.

Teresa arrodillada junto á su madre, sosteniendo sobre su pecho la cabeza de ésta, se esforzaba por reanimarla con sus besos y la cubría de ardorosas lágrimas.

—Pobre madre mía! decía con doliente acento. Tú te has detenido ante la horrible oscuridad de tus ojos por favorecerme!... Tú has preferido tu daño, quizás la muerte, por salvarme!... Oh, yo debo buscar para tí los auxilios necesarios, aún á riesgo de mí misma! Cercano á la población existe un hospital... La noche va esparciendo sus sombras... Dios mío! Virgen santísima! guíad mis pasos y dadme fuerzas!...

Y así diciendo, cargó sobre sus débiles espaldas el cuerpo inanimado de su madre, y emprendió trabajosamente el camino.

De vez en cuando, Teresa vacilaba como rendida por tan enorme peso; más invocaba el nombre de Dios y de su Santa Madre y cobraba nuevo ánimo para seguir con su preciosa carga.

Por fin, después de una marcha difícil por lo angus-

tiosa y larga, llegó á la puerta de aquella bendita casa de caridad.

La frente de la heroica niña se hallaba cubierta de sudor copioso.

Cuando hubo atravesado el dintel, no tuvo ya fuerzas para pedir socorro, y cayó desplomada y sin aliento bajo el pesado cuerpo de su madre.

Algunas horas después, vuelta en sí, se encontró en un blando lecho, rodeada por varias hermanas de caridad.

La primera palabra que formularon sus lábios fué el nombre de su madre.

Aquellas santas mujeres le dirigieron frases de consuelo y resignación, y le señalaron á otro lecho junto al cual un ministro del Señor auxiliaba á la moribunda.

Teresa se arrojó de la cama y corrió sollozando á recibir el último suspiro de su madre.

Esta pareció reanimarse un momento; volvió el rostro hácia su hija como ansiosa de verla, levantó después sus párpados al cielo en ademán suplicante, y estrechando la mano de Teresa, lanzó el postrer aliento...

Tres años más tarde, era conducido á aquel hospital un hombre que padecía una enfermedad horrible y repugnante y contraída por una vida licenciosa y desordenada.

Uno de aquellos ángeles de caridad se acercó á suministrarle un paliativo.

—¡Teresa! exclamó el enfermo, poseído de la más viva emoción.

La joven, pues era ella, que había solicitado con ardiente empeño y conseguido pertenecer á aquella pia-dosa comunidad, hácia dos años que había pronunciado

el voto y que ejercía con bondad evangélica, el sagrado ministerio de la caridad.

—Hermano mío! contestó con dulzura á aquel que había sido su implacable perseguidor; esta bebida le calmará los dolores del cuerpo, la fé templará su alma y los consuelos de la religión fortalecerán su espíritu.

—¡Oh, es un angel de pureza, y yo un miserable corrompido que no merezco sus bondades! murmuró el enfermo; ¡perdóme! ¡perdóname Teresa!

Dios nos encomienda la misión de consolar á los que padecen, y hoy me coloca junto á usted para hacerle comprender que su misericordia es infinita!

—¡Dios! Dios!... ¡Oh, gracias, Teresa, por la luz que has derramado en mi cerebro, y por el bálsamo dulcísimo que acabas de verter en mi destrozado corazón!

Quando el caballero vió restaurada su salud, se alejó de allí con el propósito de hacer una vida ejemplar, y al morir, hizo donación de todos sus bienes en favor de aquel benéfico asilo de caridad.

Contra ira paciencia

Alejandro no era un joven de índole perversa, pero sí de un genio tan vivo y voluntarioso, que la menor contradicción le irritaba en extremo.

Su hermano Camilo era todo lo contrario; de carácter pacífico y humilde, á todo se avenía, y soportaba con una dulzura y bondad infinitas las impertinencias del prógimo.

Los dos eran hijos de un honrado comerciante, que los amaba tiernamente y que no omitía gastos ni sacrificios, por que terminaran felizmente su carrera, con el fin de que pudieran proporcionarse luego por sí mismos un porvenir brillante.

Ambos habían elegido la carrera de las armas y eran alumnos de artillería en el colegio de Segovia.

Camilo, un año menor que su hermano, le aventajaba en aplicación y talento, y esto exasperaba á Alejandro,

que juzgándose humillado, sentía á veces los arranques más ignominiosos contra su buen hermano.

Un día paseaban por el jardín alrededor de un gran estanque.

Camilo acababa de hacer unos brillantes exámenes que le habían valido el premio.

Alejandro había salido suspenso, y la palidez de la ira reconcentrada en su pecho, se extendía por sus mejillas.

De repente, sus labios temblaron, la idea de la venganza se agitó en su cerebro, y movido por un impulso de coraje, cogió á su hermano por la cintura y quiso arrastrarlo hácia el estanque; pero éste, comprendiendo el intento, se defendió valeroso, procurando desprenderse de los brazos de aquél, y sin duda más fuerte, lo consiguió, más con tan mala fortuna que sin poderlo contener, vió caer á su hermano en el mismo sitio donde intentara arrojarlo á él.

Con ligereza extraordinaria, Camilo se precipitó en el agua, y con gran dificultad pudo extraer á Alejandro que aturdido, no sabiendo nadar, comenzaba ya á fatigarse, y perdió el conocimiento apenas se encontró fuera del estanque.

Esta acción noble de Camilo excitó más y más la rabia de Alejandro, que no podía avenirse á ser vencido ni contrariado en sus propósitos, y llamando á su hermano á la cabecera de su lecho, en donde se hallaba enfermo á consecuencia de la conmoción cerebral y del pasmo que le había producido el baño, le dijo de este modo:

—Tú pretendes humillarme bajo todos conceptos, mas te prevengo que no has de conseguirlo; tu conducta de hoy no te la agradezco; guárdate de contrarrestar mi voluntad en ningún sentido, y de hacerte superior á mí.

—¡Válgame Dios, hermano mío! modera los ímpetus de tu carácter; yo procuraré no incomodarte, pero sé tú juicioso y aplícate más al estudio para que puedas terminar en este año tu carrera; ya sabes que yo la he concluido, mas no quiero que desmerezcas de mí á los ojos de nuestros padres, y permaneceré á tu lado hasta que estés en disposición de marchar de aquí, para que vayamos juntos á nuestra casa y para que á la vez comencemos el ejercicio de nuestros deberes en el distinguido cuerpo al cual hemos de pertenecer.

Alejandro, aunque sin darse por satisfecho con tan atinadas razones, comprendió sin embargo, que debía obrar así y se propuso ganar el año perdido dominando en lo posible la irascibilidad de su genio.

Por fin, después de algún tiempo, los jóvenes marcharon al pueblo de su nacimiento, en donde les aguardaban sus padres, ansiosos de estrecharlos contra su pecho.

Alejandro y Camilo, vestidos con el uniforme de artilleros, eran unos arrogantes mozos que dejaban adivinar en su marcialidad y apostura, á dos valientes militares. Pero á través de la fisonomía de cada cual, se reflejaba fácilmente en el uno la dureza y acritud de un genio díscolo é iracundo, y en el otro la dulzura y tranquilidad de un alma noble y generosa.

Después de permanecer algunos días en el seno de su familia, fueron á incorporarse al cuerpo á que habían sido destinados, siendo los dos admitidos en la misma sección por influjos y recomendaciones del padre que deseaba que estuviesen cerca el uno del otro.

Poco más tarde marchaban las tropas á las provincias del Norte, con motivo de la guerra civil que en esta ocasión se hallaba con más coraje y ardor encarnizada.

Los dos hermanos comenzaron á distinguirse valerosamente en el cumplimiento de sus deberes; pero desde el primer momento, Camilo mereció más simpatías por parte de sus jefes y de sus inferiores, lo cual agrió de tal modo el caracter de Alejandro, que se hizo antipático é irresistible para todos.

No podía sufrir las preferencias y el cariño que se captaba su hermano, y templaba su mal humor ya en el calor de los combates, batiéndose como fiera, ya maltratando ó tiranizando con despotismo á los infelices soldados que le miraban con temor y le odiaban profundamente.

En todos sus encuentros con el enemigo, Alejandro peleaba por desahogar su furor sin cuidarse más que de sí mismo.

Camilo, en cambio, lidiaba noblemente por la causa que le estaba encomendada, y difundía á sus soldados, sin dejar de estar á la vista de Alejandro por si era preciso alguna vez acudir á favorecerle.

En una ocasión las tropas enemigas hicieron una retirada falsa para dar lugar á que las otras avanzaran; éstas adelantaron sin temor, pero de improviso, en el sitio más estratégico, se vieron rodeadas y acometidas por una falange de soldados contrarios muy superior en número; la lucha se hizo reñida y dificultosa; el suelo se vió en poco tiempo cubierto de víctimas de uno y otro bando, y los ayes de los heridos se confundían entre el silbido de las balas y las imprecaciones y gritos de los combatientes.

Algunas horas más tarde, la victoria había quedado á favor del enemigo, y las sombras y el silencio de la noche sucedieron á la luz del día y al fragoroso ruido del combate.

Por entre los cadáveres de los infelices que en aquella lucha desigual y sangrienta habían caído bajo el hierro homicida y el fuego asolador de la batalla, se vió atravesar á un hombre como buscando afanosamente alguna de las víctimas.

De pronto se detuvo, incorporándose sobre uno de aquellos desgraciados.

—¡Hermano mío exclamó; ¡Alejandro! ¡Oh, vive aún! ¡Dios mío, ayudarme á librarlo de una muerte segura!

Y con un cuidado tiernísimo le quitó la levita y demás insignias de oficial, lo cubrió con un capote de soldado y cargando sobre sus espaldas el cuerpo casi exánime de su hermano, comenzó á caminar cautelosamente, ansioso de conseguir, en la oscuridad de la noche, la salvación de aquel sér querido, aunque fuese á costa de su vida.

Pero desgraciadamente no pudo realizar su noble intento.

El enemigo vigilaba muy de cerca, y Camilo escuchó el ¡quién vive! de un centinela, viéndose al punto cogido entre varios soldados que le amenazaban con sus bayonetas, á los cuales tuvo que rendirse prisionero.

A la mañana siguiente fué presentado al jefe de la facción, el cual, después de preguntarle su nombre, le interrogó por el herido que traía sobre sus hombros.

—Señor, no titubeó en contestar; es mi pobre asistente, que por librarme la vida cayó mortalmente herido, y yo quise pagarle de igual modo, exponiéndome por salvarlo.

—Joven, la acción de usted es digna de un alma valiente y noble, y voy á contribuir en algo disponiendo que su asistente sea conducido á la enfermería y que á

tised se le permita estar á su lado, dándome su palabra de honor de no evadirse.

—Lo juro, señor brigadier, contestó Camilo agradecido por tan señalado favor, pues sabía que no era la indulgencia ni la caridad con los prisioneros, especialmente con los oficiales, condiciones ni costumbre del enemigo.

Alejandro, asistido cariñosamente por su hermano, fué colocado en una cama y resistió la primera cura. La herida era en el hombro izquierdo y no presentaba gravedad á pesar de ser profunda.

Cuando volvió en sí, le dijo Camilo bajando la voz cuanto pudo:

—Hermano mío, nos hallamos prisioneros; he dicho que eres mi asistente para poder estar á tu lado y librar-te de otros peligros, pues ya sabes que aquí no hay cuartel para la oficialidad; obremos con prudencia.

—Y le refirió lo ocurrido hasta aquel momento.

—¡Prisionero! ¡prisionero yo! ¡oh, es imposible, hermano; tú te has conducido torpemente; debías haberme dejado morir antes que traerme á tan deshonesto estado! murmuró Alejandro con ira, sin cuidarse de que le podían oír.

—¡Calla! ¡calla! repitió por lo bajo su salvador; ¡no des lugar á que se descubra mi mentira!

—Poco me importa, exclamó aquel en voz alta; aborrezco al enemigo, odio la causa que defiende, y estoy dispuesto á dejarme matar hundiéndome mi espada en el pecho de esos viles.

El cabo de guardia se acercó al lecho y le ordenó callar, pero Alejandro enfurecido, se incorporó vivamente y le asestó una bofetada.

—Alejandro! ¿qué has hecho? gritó su hermano dolorosamente.

—Vengar la afrenta; ¡canallas! ¿quiereis tratarme como á un miserable soldado?

El cabo levantó el fusil para apuntarle, pero se contuvo generosamente considerando la situación del enfermo. Dió parte de lo ocurrido al jefe y éste mandó que al mejorarse el herido fuera conducido inmediatamente á un calabozo hasta nueva orden.

Así pasaron algunos días.

Alejandro, rabioso y maldiciendo contra todos; y Camilo, cuidándolo con ternura y procurando evitar en lo posible, aquellos arranques peligrosos.

Cuando el herido pudo dejar el lecho y supo con dolor su hermano la infausta suerte que le esperaba, se presentó al brigadier y le dijo de este modo:

Señor, mi desdichado asistente se halla bien de la herida, pero su razón se ha extraviado lastimosamente, hasta el extremo de que se juzga superior á todos. Se que se ha dado orden de encerrarlo en un calabozo por su inconveniente conducta y que será luego fusilado; mas yo vengo á rogar á usted que tan noblemente nos ha tratado, que en vista de la terrible demencia del pobre soldado lo perdone y lo ponga en libertad, y en cambio disponga de mi vida como prisionero.

—Joven alférez, tiene usted un gran corazón; lástima que no pertenezca á nuestras filas.

—Señor, respeto las ideas y amo á los hombres bondadosos como usted, pero soy fiel á mi rey.

—Bien, muy bien; merece usted mis simpatías y mi protección; oiga; mañana á primera hora serán fusilados algunos de los prisioneros que han intentado hacernos

daño; entre ellos estaba comprendido su infeliz asistente; pero esta noche yo proporcionaré á usted un pase para que pueda conducirlo á su campamento; queda usted libre desde ahora, señor oficial.

—¡Oh, gracias, gracias, señor brigadier!

Aquella misma noche, Alejandro y Camilo, resguardados con el pase que llevaban, gracias á la benevolencia del brigadier enemigo, caminaban presurosos hácia el punto que ocupaban los suyos.

Cuando se presentaron á su jefe y supo éste lo ocurrido, les concedió un ascenso, como justa recompensa á sus servicios y sufrimientos.

Transcurrieron algunos meses.

Camilo obtuvo nuevos honores.

Alejandro seguía con su carácter aborrecido de todos.

Un día se hallaban los dos hermanos en la instrucción de quintos. Alejandro, á cada paso mal dado, ó á cada voz no comprendida por los novicios soldados, lanzaba una imprecación ó sacudía fuertemente su espada sobre el más cercano.

Este proceder ignominioso disgustó al bondadoso Camilo, que con paciencia suma y delicadeza infinita trataba á los infelices quintos; y no como jefe inmediato, que por su graduación era de Alejandro, sino como hermano tierno y cariñoso, lo llamó á parte y quiso razonablemente hacerle comprender que su conducta no era la más conveniente ni digna, puesto que se trataba de unos pobres muchachos ignorantes y sujetos á la rigurosa disciplina de la milicia.

El coraje coloreó las mejillas de Alejandro.

Aquella observación fué para él á su juicio, una ofen-

sa grave, y mayor en boca de su hermano, de quien sufría menos que de otros, por la misma razón que era superior á él en posición y talento.

—Oh! exclamó: eres un mentecato al reprenderme queriendo erigirte en Mecenas mío: sabes que soy mayor que tú, que jamás he dado oído á reconvenciones, que me basto yo solo para guiarme y que tengo una voluntad firme y unos puños de hierro para confundir á los que no obedezcan á mi voz y á los que como tú, se atrevan á humillarme; y esto diciendo, descargó un terrible puñetazo sobre su amante hermano.

—¡Alejandro! gritó Camilo con sentimiento, sin intentar defenderse, y mirando á todos lados con el temor de que alguién hubiera podido apereibirse de aquella acción inícuca, como así sucedió.

Un comandante llegaba en el momento crítico del lance, y presenciando el hecho, se dirigió indignado hácia Alejandro, protestando contra su conducta y amenazándole con el castigo que merecía.

Entonces fué ya cuando Alejandro acabó de manifestarse tal como era.

Ciego de ira ante tan justa reprobación, sin respeto á su jefe ni reparar en la falta que cometía, desenvainó la espada y le retó con palabras y maneras descompuestas, llegando hasta el insulto, y disponiéndose á atacarle si no admitía la lucha. Tan de improviso fué esto, que el choque se hizo inevitable. El comandante vióse obligado á defenderse; pero tan rudo y tan violento fué el ímpetu del insubordinado teniente, que el acero de éste fué á clavarse en el pecho del noble jefe, el cual cayó sostenido por el atribulado Camilo que presenció esta rápida y desagradable escena con ojos de dolor.

En tanto Alejandro, hecho una furia, fué conducido á la prevención por algunos cabos y sargentos que acudieron á tan ruidoso escándalo, y poco después, dada la gravedad de su delito, quedaba incomunicado en un lóbrego calabozo.

Inmediatamente comenzó á instruirse sumaria sobre este hecho criminal, y formado el consejo de guerra, falló éste que el iracundo militar fuera destituido de sus honores y desterrado á un castillo si la víctima curaba; pero que en caso de fallecer á consecuencia de la herida, el delincuente fuese pasado por las armas.

Camilo estaba consternado con el proceder de su hermano. El desdichado comandante luchó muchos días entre la vida y la muerte; la herida fué considerable y peligrosa desde el primer momento.

Desgraciadamente para Alejandro, y á pesar de los recursos de la ciencia que batalló por salvarlo, fué en aumento la gravedad del herido, dejando al fin de existir tras de largo y doloroso sufrimiento.

Desde entonces la muerte de aquél quedó también irremisiblemente decretada.

Camilo lloró profundamente la triste suerte y el deshonor de su hermano, pero no habían pasado muchos días, cuando un nuevo suceso vino á prestar un tanto de esperanza y de sosiego á su abatido corazón.

Sin que se pudiera sospechar cómo Alejandro, se había evadido de su prisión, burlando la vigilancia de los centinelas que lo custodiaban.

Ínútiles fueron todas las pesquisas hechas por encontrarlo. Nadie pudo averiguar su paradero, llegando todos á suponer que se había suicidado.

Pasaron veinte años.

Camilo en este tiempo adelantó de una manera prodigiosa en su brillante carrera.

Acababa de ceñirse la faja de general cuando volvemos á encontrarlo y le había sido conferido á la vez el mando militar de Filipinas, para donde se embarcó á los pocos días acompañado de su amante familia que la componían su mujer y dos hijas bellísimas.

Sus ancianos padres no existían ya; las penas sufridas por causa del hijo mayor amargaron su vejez y apresuraron el fin de su existencia.

Tres meses hacía ya que el nuevo general se encontraba en Filipinas, llenando dignamente las obligaciones de su elevado cargo, cuando una mañana entraron en su despacho á participarle que un hombre de aspecto miserable, y loco al parecer, pues decía ser hermano del general, solicitaba una entrevista con su excelencia.

Camilo sintió latir violentamente su corazón y dispuso que el hombre aquel, fuese conducido inmediatamente á su presencia.

Cuando llegó ante él no le quedó ya duda; era el desventurado Alejandro.

Pero; ¡cuán demudado estaba! Había envejecido notablemente, y en su ajada fisonomía y en su pobre vestido se adivinaba fácilmente su situación triste y sus muchos sufrimientos.

Al llegar hasta el general, con aire sorprendido y humilde á la vez, se arrojó á sus plantas.

—¡No, ven á mis brazos, hermano mío! díjole aquél, siempre benigno y cariñoso.

¡Perdón! ¡perdóname! balbuceó Alejandro; ¡he sido un miserable y no merezco tu indulgencia!

—¡Oh! todo lo he olvidado; eres mi hermano y te amo como siempre; pero siéntate á mi lado, cuéntame tus desgracias y dime cómo te encuentras aquí en tan deplorable estado.

Alejandro entonces refirió á Camilo que habiendo salido, despues de aquel arrebatado de ira que le llevó á cometer un crimen en la persona de su jefe, que iba á pagar su culpa con la última pena, compró la voluntad de un centinela deslumbrándolo con grandes ofrecimientos, y pudo disfrazado, evadirse de su prisión, logrando escapar hácia Portugal, en donde, con otro nombre, permaneció algún tiempo.

Allí se vió precisado á buscar medios de subsistencia, pero lo hizo por el camino del vicio.

Aquella vida le proporcionó sérios disgustos que le obligaron á marchar hácia otro punto, verificándolo á Filipinas en calidad de secretario de un escéptico inglés que lo despidió de su lado á los dos meses de haber llegado á dichas islas.

Entonces empezaron para él las mayores penalidades, en aquel país desconocido, sin familia, sin dinero y sin poder descubrir su verdadero nombre por el terrible anatemata que sobre él pesaba.

Nada hacía porque nada sabía hacer, ni resistía nadie su carácter cada vez más ágrío y descompuesto.

Alejandro vivió algún tiempo mendigando de la caridad de los filipinos, un poco de pan ó arroz, para no morir de hambre.

Un día lo señalaron por vago á las autoridades y dieron la orden de prenderle; pero él lo supo casualmente y huyó por los campos, internándose entre los indígenas. Estos estuvieron á punto de matarlo, mas él se valió

primero de la fuerza, hiriendo á algunos con su rewólver, y luego de la astucia, y logró hacerse respetado y temido de aquella tosca gente, entre la cual vivió como un salvaje durante muchos años.

Pero sus aventuras no debían terminar aquí.

Los indígenas idólatras, dedicaban sus groseros cultos á un feroz gato negro, ante el cual sacrificaban víctimas humanas. Horrible ceremonia que celebraban, como su más hermosa fiesta, en gritos de alegría y danzas repugnantes en torno de espantoso animal.

Muchos que temían y odiaban al europeo, concertaron un día su muerte con la de algunos esclavos, en honor del imponente gato, pero advertido Alejandro por una indígena que lo amaba, huyó por los bosques y las montañas.

Largo tiempo vivió de este modo, como fiera, ocultándose de la vista humana, y mantenido sólo de frutas y yerbas.

Más cansado ya su espíritu de aquella lucha incesante y abatido su cuerpo, levantó un día los ojos al cielo y pensó en la tranquilidad de las almas que se albergan en pechos nobles y generosos, que tienen calma y resignación bastante para sufrir con dulzura las molestias de la vida.

—¡Dios mío! exclamó llorando, acaso por la primera vez; ¡tu castigo es severo, pero justo! y cayendo de rodillas añadió: ¡Señor, aquí me tienes humilde y arrepañtado, muéstrame el camino de tu misericordia y juro hacerme digno de tu gracia!

Aquella noche penetró en la ciudad, y á su paso oyó á varios pobres que bendecían el nombre de su hermano. Entonces pudo averiguar con sorpresa y profunda admi-

ración, que éste se encontraba allí desempeñando el alto puesto de general al mando de aquellas islas.

A la mañana siguiente solicitó la entrevista que ya sabemos.

Cuando terminó el relato de sus desdichas, Camilo lloraba conmovido.

—¡Pobre hermano mío! dijo volviéndole á estrechar contra su pecho; ya se acabaron tus sufrimientos; permanecerás á mi lado y cuando te hayas repuesto de tantas penalidades y fatigas, volverás si quieres, á nuestra patria, en donde fácilmente se te podrá proporcionar un empleo digno de tu clase.

—¿Olvidas, hermano, que no puedo volver á mi país por hallarme sentenciado á muerte?

—¡Oh, no! los cambios políticos y de gobiernos han traído consigo grandes evoluciones sociales y acontecimientos extraordinarios en nuestra querida España. Siempre que allé ocasión trabajé en favor tuyo con la esperanza de que no hubieses muerto como se creía; y en una amnistía general conseguí que tu nombre apareciese entre los indultados; mas no logré nunca, por más que hice, indagar tu paradero para comunicártelo.

—¡Gracias! gracias, Camilo; hermano generoso! ¡cuánto he debido amarte y cuán cruel he sido contigo! Escucha; las privaciones y desdichas sufridas han variado mi carácter. En este momento se opera en mis sentimientos una regeneración completa. Una luz celestial ilumina mi cerebro y un fuego vivísimo inflama mi corazón. No debo volver al pueblo pátrio, sino permanecer aquí hasta el último día de mi vida. Conozco la ferocidad y las costumbres impías de los pobres indígenas habitantes de los bosques, que ignoran la existencia de un Dios grande y

poderoso. ¿No podré yo ganar muchas de esas almas para el cielo?

Algún tiempo después un padre misionero recorría parte de aquellas islas encaminándose siempre hácia los sitios más peligrosos donde los naturales vivían en el más lamentable error.

Su palabra divina y su figura humilde y majestuosa á la vez, llenó de admiración y de consuelos dulcísimos como jamás lo habían sentido los corazones de aquellos desdichados sin creencias.

La religión cristiana ejerció su noble poderío.

La antorcha celestial brilló resplandeciente y muchos espíritus oscurecidos por la ignorancia, sintieron encenderse con el fuego bendito de la verdad.

El religioso, en el cumplimiento de su sacrosanta misión, llegó á internarse tanto por el centro de aquel territorio de salvajes, que pereció en la demanda víctima de su heroísmo.

El misionero aquél era Alejandro que sacrificó su vida en aras de la fé, lleno de paciencia, de piedad y de mansedumbre evangélica.

Contra gula templanza

En un pueblecito de Andalucía, pequeño y alegre como pintada mariposa que vive en el campo agitada por el ténue céfiro, aspirando el perfume de las flores, se veía contigua á la iglesia una casita de planta baja, modesta, pero buena, relativamente comparadas con las otras.

En aquella mansión tranquila, donde la hermosa virtud parecía tener su asiento, vivía el señor cura párroco, varón noble y generoso, que reunía á un corazón sencillo y bello, un alma fervorosa, templada en la más pura caridad.

El buen religioso tenía consigo á una hermana viuda de un militar que había perdido la vida en una acción de guerra, con la pena de no poder estrechar contra su pecho á su mujer y á su hijo, seres queridos de su alma, los cuales quedaron en la orfandad y al único amparo

del hermano sacerdote, pues que por haberse aquél casado de subalterno, su esposa no alcanzaba viudedad.

La pobre mujer no sabía y siguió ignorando por completo, que su marido al morir, fiando en la nobleza y buena amistad de un compañero de armas, le había comunicado un secreto para que á su vez lo revelara á su esposa, con el fin de que ésta percibiera cierto documento que representaba un legado considerable para su hijo. Pero el depósito sagrado no llegó á manos de aquél, que nada supo del encargo del moribundo.

Triste y sin recursos, acogida en el santo hogar de su próximo y único pariente procuró dar á su hijo la mejor educación posible, basada principalmente en la más sólida moral, y favorecida por su hermano lo envió á un colegio de la capital, del cual sólo venía á su pueblo en los días de vacaciones.

Rafael, que así se llamaba el joven, aunque un tanto rudo de inteligencia, era dócil y de un fondo bueno y generoso; así que no tardó en verse rodeado por cierta clase de amigos que en vez de guiarlo por buena senda y de estimar sus sentimientos, abusaron de su inexperiencia y docilidad.

Uno entre sus amigos sobresalía por su mala conducta y perversas condiciones, y este fué el que más intimó con Rafael, fingiéndole simpatías y cariño, pero en realidad con ánimo de burlarse de él y de aprovecharse de su prodigalidad cuando el joven tenía dinero.

Poco apto ó poco aficionado éste al estudio y engreído por tan perniciosa compañía, emprendió Rafael un camino torcido y peligroso que le condujo bien pronto por su mal, á muy detestables vicios.

Debemos advertir que el joven no se hallaba de in-

término en el colegio, y que á comer y á dormir iba por un módico estipendio, á casa de una buena mujer, antigua sirvienta de su tío, lo cual daba lugar á que tuviera tiempo libre y á que así contrajese relaciones y costumbres perjudiciales.

Uno de los defectos que más fácilmente se desarrolló en el joven, fué el de una afición desordenada por las comidas y bebidas.

Cuanto dinero le mandaba su tío de regalo, y para cubrir las más urgentes necesidades, y cuanto podía reunir con la venta de sus propios libros y has-a por medios ilícitos, otro tanto destinaba á regalar su estómago ó á comilonas con los compañeros, que concluían casi siempre por abandonarlo cuando lo veían embriagado, robándole cuanto tenía.

La gala principal de Rafael era la de hacer grandes apuestas de comida que generalmente ganaba, aunque á costa de indigestiones espantosas.

Una vez apostó con varios amigos á que él solo se comía un lechón, seis gallinas, doce docenas de huevos y doce panes, con el vino necesario; y admitida la apuesta, vieron los fondos con que contaban, pudiendo sólo reunir entre todos para el pan, los huevos y el vino; el lechoncillo y las gallinas procuraron sustraerlas de algun corral ó huerto, por las afueras de la población, como así lo efectuaron, expouiéndose á ser perseguidos por ladrones.

Aquella noche celebró Rafael su opíparo banquete en un lugar apartado del centro de la capital y ante una numerosa reunión de jóvenes amigos que se prometieron un buen rato.

El protagonista de la fiesta, poseído de placer y de

verdadero entusiasmo, comenzó á dar buena cuenta de los manjares preparados para satisfacer sus apetitos gastrouómicos, en tanto que los compañeros, entre risas y gritos, sosteniendo acaloradas disputas, desocupaban alnas botellas de vino.

En la efervescencia de los caracteres vehementes de unos y del espíritu que ya enardecía la sangre de los otros, creció el bullicio, aumentaron las polémicas, surgieron frases altisonantes, se suscitaron disgustos, y de allí á poco se vió convertida la pieza donde bullía, entre imprecaciones, denuestos y golpes, la antes amigable reunión, en un campo de Agramante, que tuvieron que despejar algunos agentes de policía que acudieron atraídos por tan fenomenal escándalo, conduciendo á los alborotadores á la prevención.

Rafael, que casi había dado fin de la succulenta comida, pasó la noche en su encierro acometido de un terrible cólico que le puso en grave apuro y que le hizo pagar caro el goce de su extremada gula.

Cuando á la mañana siguiente pudo verse libre de su detención preventiva por escandaloso, no era ya hora de ir á clase, y se fué á la casa donde se hospedaba, metiéndose en la casa á pretexto de hallarse enfermo.

Desde aquel día dejó por completo de asistir al colegio, sin que pudiera sospecharlo la mujer que lo cuidaba.

La senda resbaladiza de los vicios se presentaba á sus ojos expedita, con grandes atractivos, y por ella se encaminó ávido de emociones.

Aconsejado por su más constante y falso amigo, acabó de vender los pocos libros que le quedaban y dedicó largas horas al juego, afanoso de tener dinero para satisfa-

cer su insaciable afición á comer que sobre todo le dominaba.

Las primeras pruebas del juego fueron favorables á Rafael siguiendo su fortuna en términos que se vió en breve tiempo dueño de una cantidad tal como nunca hubiera podido imaginarse.

Los banquetes, francachelas y desórdenes, se sucedieron con frecuencia, y la juventud alegre que le rodeaba estrechábale más cada día, nombrándole su anfitrión predilecto y héroe de la gastronomía, para disfrutar de la esplendidez y derroche que le permitían sus ganancias.

Pero la suerte no siempre le fué propicia, como si se hubiera cansado de protegerlo, dejó de ganar, perdiendo en cambio grandes sumas. El dinero mal adquirido iba teniendo fin, y lejos de contenerse siguió gastando sin miedo y recurriendo al juego.

Mas llegó una hora que todo le fué adverso; perdió cuanto le restaba de su fugaz riqueza, y hasta parte de su ropa dejó empeñada por adquirir las últimas pesetas que dedicó á los naipes sin éxito alguno.

Avergonzado de encontrarse así medio desnudo, y burlado de los amigos que ninguno atendió sus peticiones, no atreviéndose á presentarse de aquel modo delante de su anciana patrona, acudió al mal consejero, pero éste en vez de favorecerle, deseoso de librarse ya de su inútil compañía, cometió la acción indigna y miserable de calumniarlo delatándolo á la policía como autor de un robo que se había cometido aquella noche en una casa de comercio.

Rafael fué conducido á la cárcel y encerrado en una oscura mazmorra como el más vil de los criminales.

Cuando pudo darse cuenta de lo que le ocurría y comprendió, á pesar de su inocencia, lo deshonesto de su situación y lo abominable de su conducta, miró en todo aquello un castigo de la justicia divina y lloró profundamente.

Al tener conocimiento de lo que sucedía, después de ignorar algunos días su paradero, la buena mujer que estaba á su cuidado, lo participó al punto á la madre de Rafael.

Pero en mala ocasión llegó tan desagradable noticia al hogar del virtuoso sacerdote.

Aquel benito varón, atacado de una pulmonía fulminante, lanzaba el último suspiro en tan críticos momentos.

Su hermana y su sobrino quedaban, pues, sin protección y sin recursos, porque el generoso ministro de Dios nada tenía que dejarles, después de haber empleado sus pequeños ahorros en favor de aquel joven tan mal aprovechado.

Al recibir la madre de Rafael, sobre tan doloroso suceso que la sumía en la mayor tristeza, la inesperada nueva del encarcelamiento de su hijo, sintió un golpe terrible en su corazón y como si un puñal agudo le desgarrara las entrañas.

Presa de mortal angustia y de profundo pesar por tanta desgracia á un tiempo, derramando abundosas lágrimas, solo se detuvo lo necesario para cumplir sus deberes de buena hermana, é inmediatamente se puso en camino hácia la capital.

Cuando llegó, hizo las gestiones precisas para ver á su hijo, consiguiendo, tras de muchas dificultades, un permiso especial, y acto continuo acompañada de la au-

tigua sirvienta, logró ser conducida hasta la presencia de aquél.

La escena que tuvo lugar en el calabozo entre madre é hijo, fué en extremo patética y dolorosa.

La pobre mujer poseida de profunda pena lo supo todo.

Rafael, arrepentido de su mal proceder, nada quiso ocultarle.

Convencida de la inocencia de su hijo en el robo que se le imputaba, vió á los jueces, habló á unos y á otros, interpuso la influencia y validez de algunos amigos de su difunto hermano, y compadecidos de ella y aclarada la verdad del hecho con el descubrimiento de los verdaderos autores, el joven fué puesto enseguida en libertad.

La desdichada madre vió con pesar inmenso cuán infructuosos habian sido los sacrificios de su generoso hermano por proporcionar un porvenir decente á su sobrino.

Los desórdenes anteriores, el abuso de las comidas y bebidas, y por último el sufrimiento de los días pasados en la cárcel, hicieron contraer al joven una pertinaz y cruel dolencia, que se convirtió bien pronto en contaminosa y repugnante enfermedad.

Los exiguos recursos de la madre se agotaron al poco tiempo.

La anciana criada nada podía hacer por ellos.

La desgraciada viuda tuvo que recurrir á demandar de alguien algun socorro para proporcionar alimentos y medicinas á su hijo.

Rafael le indicó entonces que se llegara primero al amigo que tanto daño le había hecho sin él comprender-

lo aún, y después á todos aquellos que le habían rodeado en las orgías y los placeres cuando él pudo favorecerles y darles cuanto tenía; pero ni la virtud ni la caridad se albergaba en sus empedernidos corazones y rechazaron á la triste madre con despiadada humanidad.

La falta de medicamentos y de lo más necesario, llevaron en aumento el mal.

Rafael, devorado por una fiebre intensa y falto de alimentación, gritaba á cada momento, fuera de sí, en el colmo de su delirio:

—¡Tengo hambre!... ¡tengo hambre!... me ahogo!... necesito beber!

En aquella situación tan desconsoladora, la infeliz madre adoptó el último recurso; ¡conducirlo al hospital!

Pocos días hacía que hijo y madre, pues los sufrimientos habían hecho también enfermar á la desdichada, se hallaban en aquella santa casa de caridad cuando un respetable sacerdote llegó preguntando por la viuda del capitán Suárez.

Conducido el anciano religioso junto al lecho de la madre de Rafael, y persuadido de que era ella á quien buscaba, le habló de esta manera:

—Señora, me ha sido encomendada una delicada misión cerca de usted, y vengo á cumplirla.

Padre mío, ignoro quién pueda acordarse de mí.

La justicia del cielo es grande, y el Señor no olvida jamás á sus buenos hijos. Hace cuatro noches fué llamado á la cabecera de un moribundo que deseaba descargar su conciencia de un terrible pecado. «Padre, me dijo; hace unos doce años que yo militaba en las filas del regimiento de la Reina. En el mismo batallón servía también un compañero á quien yo quería como á un

hermano, el cual me profesaba igual afecto y tenía en mi amistad una confianza ciega.

Los dos éramos casados y con un hijo, y la guerra nos tenía separados de nuestros hogares.

Mi amigo había tenido la suerte, no hacía mucho, de sacar el premio mayor de la lotería, cuyo dinero impuso en lugar seguro, y del cual nada dijo á su familia porque deseaba sorprenderla á su regreso con tan improvisada fortuna.

Pero las cosas sucedieron de otro modo.

Mi compañero fué herido de muerte en una acción funesta, y sintiéndose morir, me llamó á su lado.

¡Yo era la única persona que merecía su confianza!

Mauuel, me dijo: conozco que voy á morir; toma este documento y esta carta, que difícilmente he podido escribir con lápiz, en esta doy el último adiós á mi esposa; en aquel lego una fortuna para mi hijo; ambas cosas llévalas á mi mujer que reside en el pueblo de A... Confío en tí, hermano mío!

Yo se lo prometí, y espiró con la tranquilidad del que nada tiene que temer por el porvenir de los suyos.

La pobre viuda nada sabía de aquel dinero... yo también tenía un hijo, y mi paga no era suficiente para costearle una carrera. Algunos días estuve luchando entre el deber y el egoísmo, pero al fin vencí mi repugnancia y sin escrúpulo alguno me hice dueño de aquella fortuna, sin cuidarme para nada de la infeliz viuda de mi amigo...

Hoy por casualidad, ó más bien por disposición divina, he sabido que aquélla y su hijo se hallan en la mayor miseria, en tanto que yo he disfrutado largamente de lo que sólo á ellos pertenece. He comprendido toda la extensión de mi aborrecible falta... soy un miserable y quiero enmendar mi culpa.

Padre mío, deseo que haga usted entrega á la viuda de Suárez, de todo lo que injustamente retengo en mi poder, incluso el capital que ha producido su herencia en tantos años, y que sólo á ella y á su hijo corresponde.

Cuente usted á esa señora la abominable historia de mi delito para mayor vergüenza mía; dígale que le pido por Dios que me perdone y le ruego no desampare á mi hijo, que queda huérfano y pobre.»

Aquí tiene usted señora, prosiguió el sacerdote los documentos que la acreditan dueña del expresado caudal, y el nombre del hijo de aquel que ya dejó de pertenecer á este mundo, por si quiere usted, devolviendo bien por mal, hacer algo en su beneficio.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó la enferma derramando abundantes lágrimas; ¡tu misericordia es grande, infinita, y yo debo hacerme digna de ella!

El amable sacerdote fué comisionado por esta señora para arreglar por completo aquel asunto y comunicar al joven huérfano que podía disponer de una buena pensión mientras viviese.

Rafael iba mejorando lentamente. Cuando se entreo de aquel extraordinario suceso, admiró doblemente la

bondad de Dios y los designios misteriosos de la Providencia, porque el huérfano, hijo del usurpador de sus bienes, era el mismo compañero que le había inducido al mal y que últimamente fué causa, como luego supo, de su encarcelamiento y sus amarguras.

Algunos días despues de lo referido, Rafael y su madre, convaleciente, aún, abandonaban el hospital para ir á ocupar una casa modesta, pero con las comodidades que les permitía ya el bienestar de su nueva y desahogada posición.

Rafael no pudiendo olvidar los pasadas días de su flaqueza y deseando sustraerse á todo medio de reincidencia, sintiendo en su corazón arrepentido, de sus locuras, vocación verdadera, manifestó á su madre deseos de retirarse á la vida monástica, y con el gustoso consentimiento de aquella, entró de novicio en un convento de frailes carmelitas, cuya santa vida con sus austeras reglas, silicios y frugalidad en las comidas, le hicieron comprender que había un más allá más positivo y eterno que los efímeros bienes y las vanidades del mundo.

El joven novicio profesó pasado el tiempo reglamentario.

La Orden del Carmen lo recibió en su seno, como al hijo cariñoso que anhela descansar en el hogar materno despues de la azarosa guerra.

Poco á poco, Rafael fué distribuyendo su fortuna entre los pobres, que admiraban su juventud y su caridad y le bendecían.

Su alimentación fué desde entonces tan excesiva-

mente frugal, que solo se reducía á pan, agua y verduras cocidas.

La madre de Rafael vivió largos años feliz y contenta, dando gracias al cielo por la sincera abnegación y santidad de su adorado hijo.

Contra envidia caridad

Angel y María eran dos pobres huérfanos que habían tenido la desdicha de quedar solos en el mundo, muy niños todavía, á consecuencia de una epidemia que devastó los pueblos.

Ambos hermanitos, tiernamente unidos por los lazos del amor más puro y de tan triste desgracia, se vieron obligados á implorar la caridad pública para no morirse de hambre.

Todos los días, después de recorrer las calles de la ciudad, iban á situarse á la puerta de una gran casa, un hermoso palacio, del cual un criado que acostumbraba á salir siempre en aquella hora, solía regalarles algunos dulces ó fiambres.

Aquella niña rubia y hermosa como los ángeles y aquel niño de expresión inteligente, de serena sonrisa y de ojos vivos, llamaron profundamente la atención del do-

méstico y le conmovieron de tal modo, que sintiendo lástima de ellos por la triste suerte que sufrían desde tan niños y deseando favorecerlos en lo posible, no sólo ya golosinas, sino de comer bien, diole todos los días con los sobrantes de la mesa de sus amos y á veces hasta con parte de su propia comida.

Quince años próximamente hacia que el caritativo criado se hallaba al servicio de aquellos señores, que poseían un título nobiliario y fabulosas riquezas.

Cristobal, que así se llamaba, era la persona de confianza y el que más cuidaba y defendía los intereses de la casa, por cuyo motivo era estimado con predilección y en muchas ocasiones consultado y atendido por los marqueses de Malvira.

Estos señores tenían una tierna niña, hija, única, de nueve años, que era amada con extremo por sus padres y cuyo porvenir se presentaba risueño y encantador ante la perspectiva de los bienes y títulos que le correspondían.

Efecto de aquel cariño exagerado, de su halagada posición social ó de su condición misma, Luisa era voluntariosa y un tanto déspota y egoísta, cualidades que le engendraban con frecuencia la mala voluntad y antipatía de los servidores que la rodeaban.

Cristobal, sin embargo, que casi la había visto nacer, como vulgarmente se dice, la quería y la sobrellevaba con amorosa solicitud.

Un día, deseoso este noble criado de infundir sentimientos piadosos en la niña, proporcionando á la vez algún bien á aquellos pobres huérfanitos que iban diariamente á recibir su limosna, procuró interesar á Luisa mostrándoselos en la puerta medio desnudos, tan be-

llos y con la palidez de la miseria impresa en sus semblantes.

Luisa los miró con lástima y en un generoso arranque infantil, corrió á los brazos de su madre, manifestándole la desgracia terrible de aquellos niños y su deseo de que viniesen al punto á vivir con ella.

La noble marquesa, complacida por aquel hermoso rasgo de su hija, mandó llevar á su presencia á los pequeños mendigos, y después de muchas preguntas y de convencerse que efectivamente eran huérfanos, les dijo con cariñoso acento.

—Pues bien, hijos míos, desde hoy yo seré vuestra madre; esta casa será la vuestra; yo os cuidaré con ternura, con igual sollicitud que lo hubiera hecho la que os dió el ser, y en cambio vosotros amareis mucho á esta niña que es mi hija y á la cual debeis todo el beneficio.

Los pobres muchachos, asombrados de lo que oían y de cuanto les rodeaba, no supieron darse cuenta en un principio de lo que les sucedía, tan aturdidos estaban; pero cuando se vieron limpios, con trajes nuevos y bonitos; cuando hubieron comido y admirado con verdadera sorpresa, en su natural sencillez, acompañados de Luisa, todo el palacio y los preciosos juguetes de la niña, se hicieron cargo del bien inmenso que recibían en aquel cambio repentino, y se dijeron el uno al otro:

¡Qué hermoso es esto! ¡Hermano mío, la providencia nos favorece; bendigamos á Dios, seamos buenos y amemos á nuestros protectores, y sobre todo, á esa niña que tan grande obra de caridad ha hecho con nosotros!

María era poco menor que Luisa, y Angel dos años mayor que ésta.

Pronto la alegría y la franqueza reinó entre aquellos

pequeños séres; se improvisaron juegos, meriendas, paseos, visitas de muñecas y otras distracciones que encantaban á los niños pobres y que constituían el goce predilecto de Luisa.

En los primeros días todo le parecía poco á esta niña para obsequiar y dar á sus huéspedes y para agasajarlos y distraerlos; pero veleiéndose á inconstante, comenzó poco á poco á aburrirse de ellos y á escatimar sus favores, y dejándose llevar de su carácter frívolo, tan pronto jugaba y reía con los huérfanos, como los maltrataba y les mostraba enojo, ó les daba órdenes imperiosas y difíciles de cumplir.

Los dos hermanitos disfrutaban mucho cuando veían á Luisa contenta, mas cuando se enfadaba, procuraban obedecerla humildemente y lloraban en silencio acusándose de haberla quizás ofendido.

La buena marquesa, que veía la docilidad y dulce condición de aquellos niños á quienes ya quería profundamente, los observaba en los momentos de cólera de Luisa, miraba las lágrimas que se agolpaban á los ojos de Angel y de María, y compadecida las acariciaba, llamando luego á su hija á solas, para reprenderla con severidad. Reprensiones que repetidas, fueron infundiendo en la niña, á pesar del buen deseo de su madre, una especie de rencor ó de prevención en contra de sus humildes compañeros.

Para mayor mal de éstos, había entre la servidumbre de la casa una criada taimada y envidiosa, que no creía natural ni justo que se tuvieran á unos mendigos mayores deferencias y atenciones que á ella, y sintió un odio mortal hácia los dos muchachos.

Conociendo el carácter altivo y orgulloso de Luisa,

púsose de su parte con salamerías, procurando halagar por un lado su vanidad y por otro herirla en su amor propio, diciéndola entre otras cosas, que ella era rica y elegante, pero que María era más hermosa y que los dos hermanos estaban robando su cariño á la marquesa.

Esta perversa zizaña introducida con suavidad por la hipócrita doncella Inés, bastó para que Luisa retirara por completo sus favores á los niños y los tratara con más crueldad y despotismo, llegando al caso muchas veces hasta de pegarles y de gritar si ellos se quejaban, culpándolos de todo.

Cristobal mediaba entonces defendiendo á Angel y á María, y procurando hacer entender cariñosamente á Luisa su detestable conducta. Pero esta niña voluntariosa y mal aconsejada, iba á quejarse á su madre de que todos, hasta Cristobal, la contradecían y la trataban mal; lo cual, á pesar del buen talento y recto juicio de aquella noble señora, dió lugar muchas veces á disgustos y desavenencias en la casa.

La marquesa, juzgando caso de conciencia continuar protegiendo á los huérfanos que tan dignos eran, en verdad, de su cariño, y deseosa de poner un remedio eficaz al mal que se iba desarrollando en los sentimientos de su hija, dió la comisión á Cristobal de conducir al niño á un colegio de Escolapios en una ciudad de provincia, y á la niña á un centro de madres instructoras que había en la capital, con el fin de retirarlos de su lado algún tiempo y de que á la vez recibieran esmerada educación.

Este fué el mejor medio para que todo se tranquilizara.

Luisa, de quien no quería separarse un momento su

amante madre, tuvo profesores de todas las asignaturas en su misma casa, y esta ocupación, aunque poca atención dedicaba á los estudios, y distrajo un tanto á la niña de sus pasados celos y envidias.

Así transcurrieron seis años.

Luisa se hizo una mujer de hermosura regular, pero coqueta y de una vanidad extremada, cualidad que la doncella aduladora había procurado sostener en el alma de la joven, que pagaba con frecuentes regalos sus lisonjas.

Un día, la superiora del colegio de María, participó á la marquesa que la niña se hallaba perfectamente instruída y que nada restaba ya que enseñarle.

Luisa olvidada de su anterior conducta, sintió nuevamente deseos de traer junto á sí á María, dispuesta á ser para aquélla una buena hermana y segura de encontrar en la joven una tierna y amable compañera.

María volvió al seno de aquella distinguida familia, causando la admiración de todos, y en particular de Luisa, que lejos de encontrar, como pensaba, á la misma ruuda, ignorante y pálida muchacha de antes, vió por el contrario, que María se había transformado en una joven hermosísima y de aspecto distinguido, de finas maneras y de trato ameno y agradable.

Aquellas cualidades superiores á las suyas, hicieron un efecto cruel en su corazón, pero trató de disimular y aparentó recibirla alegre y cariñosamente.

Angel, con el grado de bachiller, había pasado ya al colegio de infantería, donde á la sazón estudiaba provechosamente la carrera de las armas.

La excelente marquesa, encantada de María, quiso que todos la trataran como á una verdadera señorita,

cual correspondía á la educación de la joven, y que su hija la quisiera como á una hermana, y dando el ejemplo la señaló un lugar preferente en la mesa, á su lado, y la vistió con elegancia, igualándola en todo á aquella, en trajes, adornos y regalos. Pero este fué un nuevo motivo de disgusto que lastimó el orgullo de Luisa, á quien pareció demasiado que su misma madre la pusiera al nivel de aquella huérfana de tan miserable origen.

María por su parte, poseída del más puro agradecimiento hacia su generosa protectora, la amó entrañablemente, como hubiera amado á su propia madre si viviese, sintiendo hasta veneración por la noble dama, y desde el fondo de su alma dedicó á Luisa dulce y paternal cariño que le manifestaba siempre acompañado de las mayores atenciones y de la más digna sumisión, pues comprendía perfectamente que aun cuando la protección de aquellos señores la elevaba á igual altura, su posición y su humilde nacimiento la colocaban á una gran distancia de Luisa.

La belleza extraordinaria de María, el buen efecto que produjo á su vuelta del colegio, en el seno de aquella distinguida familia, y el puesto de honor que en la casa le concedieron, fueron razones poderosísimas para que la perversa criada sintiera aumentar su odio y para que su tilmente infiltrara en el corazón de su señorita una profunda antipatía hácia aquella joven que podía oscurecerla con sus méritos, y que sin derecho alguno se le había concedido en el palacio idéntico lugar que á ella.

El aspid venenoso de la envidia comenzó á corroer el pecho de la aristocrática joven, rica y halagada, que nada tenía que desear, porque hasta sus menores caprichos se hallaban pronto satisfechos, á la vista de aquella her-

mosa y modesta niña que nada ambicionaba á pesar de que nada poseía.

El regreso de María quiso la marquesa solemnizarlo con una fiesta de familia, y al objeto se hicieron invitaciones.

Concurrieron al acto muchas distinguidas personas, amigos de confianza, y varios jóvenes, entre los cuales había uno hijo de un título de España, que reunía prendas de grande estimación, no comunes en la juventud de nuestros tiempos.

Juan Luis, que era su nombre, frecuentaba desde niño la casa, en unión de su madre, y era de los más íntimos y asíduos contertulios, por lo que fué de los invitados á la reunión.

Fino y galante con las damas, cual correspondía á su sexo y brillante educación, usó siempre con Luisa deferencias y atenciones, que aunque de pura amistad y galantería, hicieron profunda sensación en el pecho de ésta que le mostraba á su vez agrado y predilección, y había llegado á concebir las más venturosas ilusiones.

Pero desde el día aquel de la fiesta familiar en que el joven conoció á María y pudo apreciar al primer golpe de vista, sus virtudes, sus encantos é inteligencia, atractivos que aumentaron á sus ojos, cuanto más la trató después, un vivo afecto, muy distinto al que sentía por Luisa, se despertó en su alma, y la amó con toda la efusión de sus sentimientos, amor que no tardó en manifestar á la simpática joven, la cual comprendiendo á su vez los méritos de Juan Luis, y agradeciendo su corazón ávido de cariño, tan tierno afecto, le correspondió con toda la ternura de su pecho.

No tardó Luisa en apercibirse de esta amorosa corres-

pondencia, que tampoco María le ocultó desde el primer instante, cuando sus relaciones fueron un hecho, y confió á su amiga con entera sinceridad el sentimiento dulcísimo que embargaba su corazón, fiel y tiernamente correspondido por Juan Luis.

Entonces fué cuando la punzadora espina de los celos clavada en el pecho de Luisa, exacerbó más profundamente su cólera y sintió con más terrible encono el ponzoso germen de la envidia.

Desde aquel momento juró secretamente vengarse de María, que así le robaba no solo consideración y cariño entre su familia, sino hasta la felicidad del amor que ella había soñado para sí, y comunicando ingenuamente sus impresiones á la criada Ines, su fiel doncella, para que ésta la ayudara con sus consejos, pusieron las dos de acuerdo y conspiraron secretamente contra la tranquilidad de la afortunada mendiga, como ellas la designaban.

La diabólica mujer vió entonces la ocasión de satisfacer sus ruines ideas, y convino con su inexperta señorita, en buscar los medios maquinando algún plan que puesto en práctica diera por resultado arrojar á aquella intrusa del palacio.

La calumnia fué lo primero que se les ocurrió.

Aquella misma noche recibió la marquesa un anónimo en que se le prevenía que María, abusando de su confianza, la robaba cuanto podía para enviárselo á su hermano; que la habían visto aquella tarde penetrar con sigilo en su tocador y apoderarse de un aderezo de brillantes que luego ocultó cuidadosa en su pupitre, donde debía haber también una carta con dirección á Angel que la habían visto escribir.

La marquesa no dió crédito á tan indigno ánimo; creía ciegamente en la virtud de María, y para convencerse aún más de que aquello era una estúpida calumnia de algún criado descontento, cuando la joven se hallaba tocando el piano, entró en su habitación y abrió el pupitre que como de costumbre tenía la llave puesta; más, ¡cuál fué su asombro al ver que efectivamente se encontraban allí el estuche con el aderezo de brillantes y la carta para Angel!

La noble dama por evitar un bochorno á la joven, y todavía dudosa de su culpabilidad, recogió la cajita del aderezo y volvió á colocarla en su tocador, proponiéndose desde aquel instante vigilar y poner enmienda del mejor modo posible á aquello, ó más bien á lo que ella calificaba juiciosamente de enredos y malevolencia de la servidumbre.

De esta manera quedó frustrada la primera tentativa de las envidiosas.

Pero bien pronto concertaron una nueva mentira, insistiendo en su dañino plan calumnioso.

Habíase recibido la noticia de que Angel, terminada su carrera, venía á pasar una larga temporada en casa de sus protectores, antes de agregarse al regimiento á que había sido destinado.

Era preciso aprovechar el tiempo para hacer salir de allí á la inocente María antes que llegara su hermano.

La marquesa recibió un segundo billete sin firma, con igual letra que el anterior, concebido en estos términos:

«Señora: María sigue abusando de la confianza y del cariño de usted, que tan generosamente la protege.

Si quiere convencerse de la verdad, observe lo que hace esta noche cuando duerma Luisa.»

Casi al mismo tiempo, la huérfana encontraba en su mesa otro anónimo que decía así:

«María; Juan Luis no te ama; eres víctima de un engaño cruel porque su corazón es de otra; para que te satisfagas de la verdad, esta noche cuando duerma Luisa, abre el cajón de la derecha de su buró y coje un fajo de cartas que hay atadas con una cinta azul; en ellas verás las pruebas.»

Cuando María leyó esta carta sorprendida, no supo al pronto qué pensar. Las lágrimas se agolparon á sus ojos; la duda punzante hirió su corazón y una terrible lucha se suscitó en su alma.

También Juan Luis recibió el mismo día otro escrito de igual procedencia que los anteriores, en que se le aconsejaba, que, por razones que interesaban á su honor, se abstuviese de ir algunos días á casa de la marquesa de Malvira, en tanto que se aclaraba cierto hecho que tenía relación con la protegida de aquélla.

Como es de suponer, Juan Luis, entre asombrado y dudoso de lo que se le decía de tan misterioso modo, aunque le pareció adivinar en aquéllo una mala intención, no hizo aquella tarde su acostumbrada visita á la joven.

Dolorosamente impresionada ésta por tan inesperado suceso, pues desde que se amaban jamás había él dejado de verla ni un solo día, y no queriendo creer aún que aquel joven tan formal al parecer, intentara jugar con su corazón de una manera tan villana como decía el anónimo, instigada por su propio dolor y por la vehemencia de su sentimiento, ansiosa de salir de aquella incertidumbre

que la mataba, decidió convencerse por sí misma, no sin sostener honda lucha en su pecho, y después de las doce, cuando calculó que Luisa estaría dormida, agitada y temerosa como quien va á cometer una mala acción, atravesó un pasillo que la separaba del departamento de aquélla y penetró de puntillas en la habitación, sin observar que una sombra la seguía con cuidado.

La respiración tranquila de Luisa, que escuchó breve rato, la convenció de que dormía profundamente, y entonces, con paso trémulo, se dirigió al sitio indicado y abrió temblorosa el buró de su amiga.

La opaca luz de una lámpara de cristal rosa le permitió ver enseguida el paquete de cartas con la cinta azul.

Poseída de mortal angustia, lo ocultó con viveza en su bolsillo y salió volviendo á su dormitorio.

Pero tras ella una mano se posó suavemente sobre su brazo derecho.

La joven ahogó un grito de sorpresa y vió junto á sí á la marquesa que la miraba con ojos compasivos y que realmente ofendida en lo más sensible de su alma tierna y generosa, la dijo con digno y severo tono.

—María, yo te he protegido, te he dado un lugar de hija á mi lado, juzgándote merecedora de mi cariño, y hecho por tí cuanto una madre hubiera hecho; pero tú has abusado de mi confianza y te aprovechas del sueño de Luisa para cometer con ella una acción indigna de una joven virtuosa: lo que acabas de hacer no es más que un robo. Dame lo que has sustraído del buró de mi hija.

La desdichada joven, pálida como el marfil, cayó de rodillas, murmurando entre sollozos:

—¡Perdón, señora; tomad! oh! amo á Juan Luis y esa es la causa de mi delito!

—¡Desgraciada! añadió la marquesa; mañana quizás llegará tu hermano y le diré que disponga de tí, porque es imposible que sigas en esta casa; yo te perdono tu inconcebible ingratitud.

Y así diciendo salió de la habitación, enjugándose las lágrimas.

Amaba tiernamente á María, creía en su virtud, en su cariño, en la sinceridad de su caracter bondadoso y agradecido, y el descubrimiento de su falsedad, del engaño en que la había tenido tanto tiempo, fué muy sensible para su alma.

Cuando llegó á su departamento miró el paquete de papeles que llevaba en la mano. Eran billetes de banco. Todos los ahorros de su hija Luisa que componían una suma de cuarenta mil reales.

¡Y María le había confesado que su amor á Juan Luis, amores de que la joven, á pesar de su habitual franqueza, no le había dicho nada hasta ahora era la causa de aquel delito; luego se confirmaba cuanto le habían anunciado por escrito y aún resultaba más; unos amores que desconocía y que daban lugar á cometer una acción villana! Oh! indudablemente, á juzgar por las apariencias, María no era digna de ocupar el puesto que se le daba en aquella casa, y era preciso que saliera inmediatamente de ella.

Ciertamente la joven no se había atrevido á comunicar aún sus relaciones á la marquesa, porque deseaba hacerlo cuando se creyese segura del amor de Juan Luis, amor que en un principio pensó si sería solo un capricho pasajero del aristocrático joven; y principalmente porque

temía que no fuera de la aprobación de aquella, dado lo humilde de su origen y la distancia de posición que mediaba entre ambos.

María pasó la noche en un terrible insomnio, llorando y sin comprender cómo aquella falta suya que ella consideraba disculpable, había bastado para que su tierna protectora indignada, la arrojara de su lado. Sin duda sus temores de que se opoudría á sus relaciones con aquel por la diferencia de clases, se cumplían ya.

Al día siguiente, Angel, como se esperaba, lleno el corazón de agradecimiento y de esperanzas, llegó al palacio ansioso de arrojarse á los piés de sus protectores y de abrazar á María.

Vestía con elegancia el uniforme de ingeniero y era un bizarro y cumplido mozo que atrajo sobre sí las miradas y el interés de todos.

Los dos hermanos se abrazaron admirados mutuamente de su transformación, pero en el rostro de María observó Angel una tristeza y una palidez que llamaron su atención.

Pasados los primeros trasportes de regocijo por parte de los señores y del recién llegado, la marquesa habló secretamente con Angel, quedando el joven confuso y preocupado despues de aquella conversación.

Cuando pudo hablar á solas con su hermana la dijo con triste acento:

—María, mañana saldremos de esta casa para siempre; éramos unos mendigos y hoy tenemos una posición, un porvenir acaso brillante si se realizan mis hermosas aspiraciones. Todo lo debemos á los marqueses de Malviza. El ejemplo de caridad que han infundido en nuestra alma y el deber de la gratitud que reside en nues-

tro pecho, no podrán apartarse jamás de nuestra memoria.

—¡Oh! perdona, hermano mío, he cometido una falta...

—Nada me digas, María; soy tu hermano y debo velar por tu virtud.

Aquel mismo día, Luisa celebraba en secreto la siguiente conferencia con su malvada cómplice.

—Todo ha salido bien, dijo Inés, y hasta la llegada del hermano viene á favorecer nuestro propósito; mañana se marchará al fin esa odiosa muchacha.

—Cierto, respondió un tanto distraida Luisa, que Augel ha venido con oportunidad; es un arrogante joven muy simpático; vale mucho más que la hermana.

—María, señorita, es muy hermosa.

—¡Ah, es verdad; respondió vivamente Luisa toruando á su idea fija; ella es demasiado hermosa, Juan Luis seguirá amándola y ella continuará siendo mi rival á pesar de todo y será muy feliz esa miserable mendiga, mientras que yo, la noble hija de los marqueses de Malvira, sufriré por su causal ¡Dios mío! ¿por qué no soy yo más hermosa que María? Dime, Inés, ¿qué haríamos para que Juan Luis la olvidara?

—¡Ah, señorita, qué ideal repuso la dañina doncella. Unas gotas de vitriolo bastarían para desfigurarla.

Luisa se estremeció; un movimiento de repugnancia se expresó en su rostro; aquello era un crimen, y su alma no estaba corrompida hasta aquel extremo. Se negó, pues, á semejante acto de crueldad.

Pero Inés se valió de tal maña y punzó de tal manera su amor propio, haciéndole comprender al mismo tiempo lo sencillo que sería y sin resultado perjudicial

para ellas, que al fin Luisa accedió á tan miserable intento.

La inocente María recibió un nuevo anónimo en el que se la decía que la marquesa había prohibido en absoluto la entrada en la casa de Juan Luis, y que éste, noticioso de su marcha, la suplicaba que acudiera aquella noche á las diez por el postigo del jardín para despedirse de ella, porque á su vez salía al día siguiente para el extranjero.

Este nuevo pesar sobre la duda que ya tenía de la fidelidad de su amado, duda que venía á convertirse en realidad con su desvío y alejamiento, destrozó aún más el corazón de la tierna joven, y gruesas y ardientes lágrimas resbalaron por sus mejillas.

En aquel momento, unos pasos presurosos resonaron en la estancia.

María levantó la cabeza y vió á Cristobal, que la dijo con vivo y paternal acento:

—Hija mía, he descubierto una trama horrible. No acudas á la cita de esta noche, te lo pido por la sagrada memoria de tus padres. Ya te lo explicaré después.

Y salió dejando atónito á la joven.

María, llena de inquietud y de incertidumbre, obedeció al anciano y fiel mayordomo, á quien respetaba y amaba como á un padre, y no se movió para nada de su cuarto.

Aquella noche, poco después de las diez, un grito horrible resonó en la parte izquierda del jardín.

Todas las personas de la casa, sobresaltadas, se pusieron en movimiento y corrieron con luces hácia el sitio de donde había partido el grito, viendo con asombro, los primeros que llegaron, á Luisa que huía despavorida

hacia el interior del palacio, y á Inés que se revolcaba en el suelo dando alaridos, como acometida por una convulsión ó por un acceso de locura.

¶ Cuando aproximaron las luces, vieron dolorosamente sorprendidos, que la desgraciada tenía el rostro desfigurado por grandes y horrorosas quemaduras.

Todo aquello tuvo una fácil y pronta explicación.

Cristóbal se encargó de aclarar las cosas.

Recogió los andujinos que conservaba María y los presentó á la marquesa.

—Señora, la dijo; aquí se ha jugado una tragedia infernal, en la cual esta pobre niña iba á ser la víctima; pero Dios ha permitido que se descubra á tiempo y que la principal culpable haya sido herida con sus propias armas.

Hace días que venía yo observando algo raro en esta casa; que María sufría vejámenes y desprecios que no me era dado evitar, porque ella disimulaba con paciencia y en silencio los agravios, y que Inés celebraba ocultas y frecuentes confidencias con la señorita Luisa. Esta mañana, no sé qué presentimiento, ó más bien un impulso providencial, me inspiró la idea de escuchar, escondido tras un portier, la conversaci6n que sostenían. Inés, señora, es una infame envidiosa que ha pervertido el corazón de vuestra hija hasta inducirla al crimen.

Después de estos malévolos escritos y de todas los repugnantes medios de que se han valido para conseguir que María fuese expulsada de esta casa, trataron últimamente de afear su hermoso rostro arrojándole vitriolo. Pero yo previne á María de que no acudiera á la cita inventada para el caso. Luisa escondida entre el ramaje, debía de espanciar el líquido en la faz de la joven al cru-

zar por aquel lado. Sin duda alguna Inés fué á llevar algún aviso á la señorita, y ésta, en su aturdimiento, equivocándola con María, la roció la cara con el ardiente corrosivo.

—¡Oh! exclamó la marquesa, comprendiendo toda la triste verdad de aquel lamentable suceso; el castigo ha sido patente. Llame usted á mi hija.

—Luisa se presentó temblando, con los ojos bajos y llorosos, y se arrojó á las plantas de su madre.

—Lo he sabido todo, le dijo ésta con severidad. Eres una miserable criatura y vas á llevar tu merecido. Ahora mismo pedirás perdón á María por cuanto la has ofendido y por tus injusticias con ella, tan noble y generosa, que no se ha quejado jamás de tí y tan inteligente y llena de virtudes que debieras copiar su ejemplo. Pídelo perdón, y mañana mismo marcharás á encerrarte para siempre en un convento.

—¡Oh, madre, madre mía! juro á usted que estoy arrepentida de todo el mal que he hecho y que solo anhelo rogar á María de rodillas, que me perdone; exclamó con sinceridad Luisa, llorando amargamente.

La huérfana, entonces, la estrechó dulcemente entre sus brazos y suplicó á su vez á la marquesa que no recluyese como decía, á Luisa, á un convento, ni la separase jamás de su lado, porque estaba segura de que sería para ella una hermana buenísima, y que haría con sus virtudes la felicidad de su madre.

Inés, después de recibir los primeros auxilios de la ciencia, fué entregada á su familia con una abundante limosna de la marquesa, para que nada le faltase y fuera bien asistida durante su curación.

La doncella sanó al fin después de largos y penosos

sufrimientos, pero quedando horriblemente fea y ciega para mayor desdicha suya.

Así quiso Dios castigar la odiosa pasión de la envidia, con un ejemplo manifiesto de su sabiduría y piedad.

Angel y María permanecieron en el palacio de Malvira, mejor considerados aún y más queridos que antes.

Luisa fué desde entonces para ellos una verdadera y tierna hermana.

Un año después en la capilla del palacio y con gran suntuosidad, se celebraban dos bodas.

La bella y buena María daba su mano de esposa á Juan Luis, y Luisa se unía á su vez en indisoluble lazo con el excelente Angel, dando con esto una prueba evidente de que había moderado sus defectos y que sabía premiar la virtud y la bondad, compartiendo su amor y su fortuna con aquellos jóvenes de tan humilde nacimiento, pero de tan noble corazón.

Contra pereza diligencia

Levántate, Juan, gritaba un pobre anciano con malhumorado acento á un robusto muchacho como de diez y ocho años, que dormía á pierna suelta sobre un montón de hojas secas, en un oscuro rincón de la cabaña.

Levántate, Juan, repetía aquél; ya Antonio hace dos horas que salió con su lanchilla; el tiempo está favorable y se presenta buen día para la pesca. Vamos, perezoso, no salgas como siempre, tarde para volver despues que tu hermano, sin una sola pieza en el fondo de tu barca. ¡Ah! ¡si yo estuviera agil y fuerte como eu otro tiempol Nada me detenía; más ligero que un gamo saltaba de mi lecho y ni el viento, ni la lluvia, ni la oscuridad de la noche eran bastante á hacerme retrocader. Vamos, muchacho, tu hermano es menor que tú, y ya sabe ganarse la vida en el honrado ejercicio de la pesca, mientras que tú eres un haragán que pierdes las horas en el sueño.

Y así diciendo, el débil viejo, llegó dificultosamente, porque se hallaba casi baldado, hasta el lecho de su perezoso hijo, y comenzó á zamarrearlo cuanto pudo.

Juan moviéndose refanfuñando é intentó volver á reconciliar el sueño, pero ya su padre no le dejó hasta conseguir que se levantara, lo cual verificó el joven de mala voluntad y mirando con sentimiento su abrigado montón de hojas.

El anciano Pablo Román había sido uno de los más entendidos y afortunados pescadores de las costas de Levante.

Su disposición y su actividad le hicieron llevar siempre una ventaja grande sobre sus compañeros de oficio, y ganó muchas y buenas monedas con la venta de su mercancía.

Las humedades y el continuo movimiento en tantos años de trabajo, le hicieron contraer, ya en su avanzada edad, unos agudos dolores en las piernas y tal contracción de nervios que lo imposibilitaron para todo. Pero él había enseñado á sus dos hijos el mismo oficio, y ya éstos, cada uno con su lancha, pues su padre quiso que cada cual trabajase por su cuenta, recorrían el Mediterráneo para ganar el sustento.

Mas entre los dos muchachos existía una diferencia tan notable en caracteres y condiciones morales, que los alejaba con frecuencia el uno del otro y rara vez se veían juntos.

Antonio era activo, inteligente, de nobles sentimientos y tiernamente cariñoso y sumiso con su padre.

Juan dejábase dominar por la pereza, y era rudo, de entendimiento, adusto y un tanto hipócrita y mal intencionado.

No tenían madre, porque siendo ellos pequeños, una terrible tempestad destruyó su casita, causando la muerte de la pobre mujer y quedando los niños milagrosamente ilesos.

Cuando el padre regresó de su excursión acostumbrada por el mar, miró con sorpresa y amargura tan inmensa desgracia, lloró profundamente la pérdida de su honrada compañera, volvió á construir su choza en el mismo lugar y quedó al cuidado de sus tiernos hijos, viéndose precisado á llevarlos desde entonces consigo siempre que salía á su trabajo.

Así les enseñó cuanto sabía; todo lo que su rústica experiencia podía enseñarles en su continuo ejercicio y su eterna lucha con las olas.

Mas con secreto pesar observó las cualidades punibles del uno, y con paternal complacencia, las buenas y estimables del otro.

Fué pasando el tiempo, y el honrado Pablo se vió obligado á permanecer en su hogar inutilizado por el reuma.

Muchos y frecuentes disgustos sufría con el hijo perezoso.

Un día, como de costumbre, de madrugada, salió Antonio para la pesca.

Reinaba un viento fuerte que arreciaba por instantes; sus silbidos aumentaban pavorosos entre las sombras nocturnas que tardaban en alejarse más que otras veces, por la cerrazón de las nubes; azotaba con ira la débil puerta de la choza y á su empuje se levantaban las olas chocando ruidosamente contra las rocas que coronaban aquella parte del mar.

Pablo sintió un vago temor, acaso un presentimiento,

y temblando por la vida de su amado hijo, llamó á Juan.

—¡Despierta; levántate pronto, dijo; tu hermano se encuentra en inminente peligro y se expone á perecer saliendo en una noche como esta; anda hijo, puede ser que haya vacilado en embarcarse y que sea tiempo todavía de hacerle desistir; dile que se vuelva; corre, Juan, corre; mira que conozco el Mediterráneo y á pesar de su aspecto tranquilo, casi siempre es un traidor que ha sepultado en su seno á muchas víctimas.

Pero el muchacho no se movió.

—Vamos, hijo, domina un instante tu pereza que es la existencia de tu hermano quien lo exige; repetía con voz angustiada el pobre padre: ¡corre, Juan! ¡oh! ¡y el viento sigue enfurecido!... ¡y el temporal acrece y tú no te meneas!... ¡Cuando llegues ya será tarde!

—Voy, padre, contestó Juan entonces, estirando sus pesados miembros y volviéndose del otro lado.

Pero inútil promesa. A los pocos segundos dormía de nuevo.

Y en tanto la tempestad rugía con toda su fuerza y el anciano lloraba amargamente por el riesgo que corría Antonio y por hallarse impotente para dominar la inercia del insensible Juan.

Pasó tiempo suficiente para que el joven pescador volviese y no regresaba; era casi seguro que había salido; nada le arredraba ni detenía jamás en el cumplimiento de su obligación, y en aquella hora se hallaría en medio del mar luchando heroicamente con los elementos.

Cuando Juan se levantó, un sol brillante y esplendoroso lucía en el firmamento; á la noche tempestuosa había sucedido un día tranquilo y despejado y la calma se había restablecido.

Pero transcurían las horas sin que Antonio volviese al hogar paterno.

Pablo rezaba y seguía derramando su inagotable caudal de lágrimas.

Y Juan, ya en aquella hora, tendido negligentemente en el fondo de su barca, se columpiaba á merced de las ondas, tarareando á media voz una canción popular.

Cuando tornó á su morada sin pescado y sin provecho alguno, una escena dolorosa se presentó á sus ojos.

Su hermano moribundo había sido conducido hasta allí por algunos tripulantes de una embarcación, que al pasar le vieron á punto de perecer; un golpe de mar volcó y destrozó su lanchita contra las rocas. Aquellos marineros que navegaban ansiosos de refugiarse en el puerto, ya al amanecer, le vieron caer en el abismo y lograron salvarlo de una muerte cierta, conduciéndolo á tierra y poco después, por indicación de un mozo de la playa, á los brazos de su angustiado padre que reprochaba la cruel conducta de Juan.

Muchos días tuvo que luchar entre la vida y la muerte el desdichado joven, por su temeraria valentía.

Pero al fin cesó la gravedad y entró en el periodo de convalecencia.

Pablo gastó en aquella enfermedad de su hijo todos sus ahorros de tantos años, mas dió gracias al Todopoderoso, porque al fin lo vió bueno.

Antonio, comprendiendo la necesidad de recuperar lo perdido, volvió al ejercicio de sus tareas con nuevo ardor. Su enfermo padre exigía muchos cuidados, y el mozo, ahora más que nunca, se hallaba obligado á trabajar y aun á sacrificarse por el que le diera el ser.

Pasaron los días.

El hijo activo, favorecido por Dios, tuvo suerte y prosperaba felizmente en su humilde negocio, pero había tenido que valerse de la barquilla de su hermano, desde que perdió la suya, y éste rara vez le acompañaba á causa de su indolencia, aprovechando esta circunstancia para dormir largas horas y permanecer luego tendido el demás tiempo, ya en la arenosa playa ó en el cercano monte al pié de algúñ árbol que le tucitaba con su sombra á la molicie, bajo el espléndido sol de mayo.

Pablo disgustado de sus malas é invariables costumbres, le reprendía constantemente y solía decirle con pena:

—Juan, tú serás siempre un desgraciado; la pereza te llevará á un fin prematuro y lastimoso, en tanto que tu hermano será un hombre de provecho y vivirá largamente feliz y tranquilo sobre la tierra.

Las palabras del anciano, encerraban en medio de su rusticidad, un fondo de filosofía irrefragable; en su sencillo razonamiento había una convicción profunda; era la lógica de la experiencia de los años que rara vez se equivoca.

Una de las pocas veces que Juan salió en compañía de Antonio, tuvieron la fortuna de hacer una buena pesca, volviendo más temprano que de costumbre.

Los dos hermanos vogaban tranquilamente hácia la orilla.

De improviso, Antonio extendió la vista hácia el lugar donde estaba su cabaña, y vió con extrañeza que una luz rojiza reflejaba por aquel sitio bajo una espesa y oscura nube de humo que iba remontándose por el espacio.

Terrible y dolorosa impresión agitó su pecho.

Un secreto pesar le anunció que sucedía alguna desgracia.

—Mira, Juan mira; dijo á su hermano tembloroso. ¿Qué es aquello?

—Parece fuego, contestó Juan sin inmutarse y tendiéndose suavemente sobre el banquillo de proa.

—¡Oh, hermano mío, no sueltes los remos ahora cuando hay más necesidad de abreviar la distancia; vamos á toda prisa; nuestro padre quedó dormido; ¡quién sabe lo que sucedel

—No hay que asustarse; respondió aquél sin moverse; estoy cansado; el trabajo de hoy ha estropeado mis miembros...

—Juan, gritó Antonio conmovido y lleno de angustia ante lo triste que presentía y la calma inaudita de su hermano. ¡Juan, algo extraordinario ocurre por allá arriba; no descauses ahora; voguemos entre los dos para llegar más pronto!

—Déjame, siguió aquél impasible; estoy rendido y por nada del mundo he de moverme.

—¡Oh, Dios mío! exclamó Antonio remando vigorosamente, con el ansia de salir de su angustiosa incertidumbre, y elevando una mirada al cielo como en demanda de auxilio.

Cuando pudo llegar á tierra y amarrar la lancha, saltó ligero, viendo con infinito dolor que Juan, en vez de seguirle, quedaba en la barca profundamente dormido.

La claridad que llamó su atención se había hecho entre tanto más viva, y la nube oscura se extendía más densamente; era indudable que algún fuego por allí

cercano, consumía la hacienda ó la barraca de algún pobre ribereño.

Adelantó más y más á todo correr, en dirección á su casa y ya próximo, se presentó á su vista toda la horrible verdad de aquel espantoso siniestro.

Su mísera vivienda ardía por uno de sus costados; las llamas habían tomado ya gran incremento y en breve quedaría convertida en un montón de cenizas... ¡y el anciano paralítico estaba allí, moribundo, muerto quizás!...

¡Padre mío! gritó el joven fuera de sí, con desgarrador acento. ¿Habré llegado tarde?

Y corriendo velozmente sin calcular el peligro á que se exponía, ni pensar en ello siquiera, ante lo grave del caso, se introdujo por una ventana que había á la derecha de su albergue, y á los pocos segundos, ennegrecido y fatigado por el humo, volvió á salir, llevando sobre sus espaldas á su amado padre, que ya desvanecido por la asfixia, estaba próximo á perecer entre el voraz elemento, sin que nadie hubiera acudido á favorecerle, pues los demás moradores de la comarca tenían sus hogares un poco lejos de allí; pero Dios quiso que el hijo bueno libertara á su padre de la muerte.

El incendio había sido producido indudablemente por un descuido del indolente Juan, porque parecía haber comenzado por el sitio donde estaba su lecho de hojas secas.

Nada más ni de más valor para Antonio, pudo salvar de la choza, que quedó totalmente destruída.

El joven, afligido por tan inmensa desgracia, y porque su padre no volvía en sí, tomóle de nuevo sobre sus hombros y comenzó á caminar trabajosamente. Era pre-

ciso buscar al punto un asilo donde refugiarse y prestar al anciano los auxilios más urgentes.

El pueblo más inmediato distaba de allí una hora, pero en mitad del camino, á un lado de la carretera que conducía á la capital, había una posada.

El buen hijo anduvo sin detenerse un momento, agobiado más por el temor y la pesadumbre de no hallar pronto remedio para aquel accidente que se prolongaba y que podía ser fatal al anciano, que por el peso de su querida carga; al fin llegó á la posada y se detuvo casi estenuado de cansancio y de fatiga por el apresuramiento con que había hecho su marcha dificultosa.

Colocó á su padre suavemente sobre un asiento de piedra que había á la entrada, pidió un poco de agua que bebió con avidez y roció luego el rostro del enfermo, el cual comenzó á dar señales de vida.

En aquel momento, un coche que venía envuelto en una nube de polvo, paró á la puerta de la posada.

Un caballero de barba blanca y porte distinguido, descendió del vehículo.

Al pasar por delante del interesante grupo que formaban padre é hijo, se quedó detenido fijándose con atención.

El mozo y el anciano aquel, excitaron su curiosidad.

—¿Es padre de usted? preguntó el muchacho.

—Sí, señor, contestó éste con profunda pena.

¿Y qué le sucede? interrogó de nuevo el caballero.

Antonio refirió entonces con triste acento cuanto les acababa de ocurrir y vertiendo abundantes lágrimas continuó:

Ya sin casa y con mi padre en tan lamentable estado, no sé qué hacer; pero Dios me favorecerá; ¡ah, sí! confío

en ello; yo trabajaré mucho, mucho, para que no falte nada á mi querido padre que tanto ha trabajado y expuesto su vida por nosotros... pero mi hermano... exclamó, acordándose de repente que aquel había quedado dormido en la lanchilla; ¡pobre hermano mío! ¡cuando regrese á la cabaña se encontrará sin hogar y sin familia!

—Verdaderamente Dios vela por los desgraciados y no desampara jamás á los buenos hijos; dijo el caballero con pausada voz, añadiendo: su relato, joven, me ha conmovido y siento deseos de favorecerlo, siendo en algún modo intérprete fiel de la providencia. Dentro de breve rato continuaré mi camino hácia Tarragona donde tengo mi residencia habitual; mientras descanso aquí, puede usted buscar á su hermano y venirse los tres en mi compañía; necesito un ayuda de cámara que me acompañe en mis frecuentes viajes, y además otra persona que esté al cuidado de mi casa en tanto yo me ausento. Su padre de usted, no está del todo imposibilitado, puede servir para esto último, y usted desempeñará el primer cargo; á su hermano también le procuraremos empleo.

Y así diciendo penetró en la posada.

Antonio quedó asombrado, confuso ante suerte tan inesperada, y maravillado por aquella prueba evidente de la misericordia divina.

Vuelto al conocimiento Pablo, y enterado de todo lo sucedido, derramó lágrimas de agradecimiento y abrazó á su hijo.

Este corrió en busca de su hermano; llegó al lugar donde le había dejado, pero no lo encontró; ni él ni la barquilla estaban allí; preguntó á varios marineros conocidos; fué á la destruida e

encaminó á los sitios que aquél solía frecuentar; en ninguna parte se hallaba ni nadie le daba razón.

Era indudable que su hermano al saber la desgracia ocurrida y al verse solo, había tomado alguna dirección en busca de ellos, ó que había perecido en el mar víctima de su descuido y su abandono.

Convencido de la inutilidad de sus indagaciones, tornó con tristeza á la posada, refiriendo á su padre cuanto había hecho y lo infructuoso de sus esfuerzos por hallar á Juan.

Pablo comprendió con amargura que sus augurios comenzaban á cumplirse.

Poco después el anciano y su hijo Antonio, acompañando al generoso caballero, marchaban en el mismo coche.

No habían pasado dos años, cuando en una tarde del frío invierno y en la cámara principal de una suntuosa casa de Tarragona, un caballero llamado D. Jaime Iturri, en el lecho del dolor se hallaba próximo á la muerte.

A su cabecera un venerable religioso escuchaba su confesión y le exhortaba con palabras de consuelo.

El enfermo con entrecortada voz le decía:

—Ya vé usted padre mío; soy pecador y en la otra vida sufriré el castigo de mis culpas... pero antes quiero atenuar algún tanto mi delito, haciendo justicia aquí en la tierra á quien lo merece por sus virtudes...

Mi padre era un pobre trabajador, mas tan laborioso y activo que en pocos años llegó á reunir un capital... Quiso dedicarse á una carrera ó arte, para que por mí

mismo supiera lo que costaba crearse un porvenir; pero yo era refractario á toda clase de estudios y trabajos, y solo me agradaba el ócio... Un día pensé criminalmente que mi padre podía seguir trabajando y reunir nueva fortuna, en tanto yo disfrutaba de lo agenciado por él, y le robé cuanto tenía, yéndome á un país lejano á gozar holgadamente de aquel fruto que tantos sudores había costado al autor de mis días...

Cuando en los placeres del vicio y de la holganza lo hube derrochado todo, volví á mi patria... Mi padre, víctima del pesar inmenso que le ocasionara mi conducta, había perdido la razón y se hallaba en un manicomio. No sé, padre mío la que pasó por mi conciencia... Lo cierto que desde aquella hora juré remediar el daño cometido, y pidiendo perdón al cielo, me dediqué á trabajar con un ardor y actividad inexplicables en mí...

Poco antes de morir el pobre loco, un rayo de luz iluminó su inteligencia y tuvo conocimiento de mi nueva manera de ser.—¡Hijo mío! dijo abrazándome; muero dichoso... ¡yo te perdono y rogaré por tí!...—Seguí trabajando asiduamente y con tal fortuna, que á vuelta de algunos años pude considerarme rico... Durante este tiempo me casé, pero el cielo no me concedió la dicha de tener hijos... Murió mi mujer y quedé sólo... Continué mis tareas, no ya por ambición ni lucro, sino por aumentar mi capital para emplearlo en el bien... Ahora, padre, moriré tranquilo porque he realizado mis afaes... ¡Ojalá que Dios conceda á mi alma el perdón que necesita!...

Al día siguiente, D. Jaime espiraba con la dulce resignación del espíritu que se ha regenerado y fortalecido en la fé y la caridad cristiana.

Junto á su lecho un joven vestido de negro, de figura noble y simpática, lloraba arrodillado.

Era Antonio Román, el cual en poco tiempo había experimentado un cambio prodigioso.

Su actividad, su destreza en el trabajo y sus dignos sentimientos, le captaron enseguida las simpatías y el cariño de D. Jaime.

El joven se instruyó en todo lo necesario y se hizo bien pronto un hombre sociable y entendido.

Su padre había fallecido ya á consecuencia de su enfermedad y de la constante pena que le causaba el no saber de su otro hijo.

Cuando después de muerto D. Jaime se abrió su testamento, se vió, que, no teniendo parientes, dejaba por único heredero de sus bienes á Antonio, con expresa condición de fundar dos grandes establecimientos, el uno para la enseñanza gratuita de toda clase de oficios, y el otro para el estudio de todas las carreras.

Antonio, dueño ya de aquella fortuna, quedó viviendo con algunos criados en la misma casa que fué de su protector, y cumplió con toda exactitud las cláusulas del testamento, dando con tal motivo trabajo y ocupación por mucho tiempo á los obreros de la ciudad y á todos los pobres que le dirigían peticiones de trabajo.

Un día, uno de los criados penetró vivamente en su despacho donde como de costumbre se hallaba el joven ocupado.

—¡Señor! señor! dijo conmovido; un hombre derrotado y de dudoso aspecto se encuentra tendido en el dintel de la puerta, enfermo quizás, ó extenuado de hambre.

—Llévele usted una taza de caldo, y cuando se haya repuesto un poco que pase á mi gabinete.

Una hora después, dos criados, fieles intérpretes de los sentimientos caritativos de su joven amo, conducían á la presencia de éste, al pobre sosteniéndolo por los brazos, pues no se podía mover.

La falta de alimentos, á la vez que agudísimos dolores por todo el cuerpo, habían enervado sus escasas fuerzas hasta el extremo de caer exánime y sin sentido; pero ya se había reanimado un poco con el oportuno auxilio recibido.

Al mirarle Antonio, sintió un estremecimiento profundo y exclamó con dolorido acento.

—¡Hermano! ¿eres tú, hermano mío? ¡Por fin te veo! ¡pero en qué estado tan triste!

—Juan abrió desmesuradamente los ojos y dijo revelando su sorpresa, aunque con apagada voz:

—¿Tú? ¿tú convertido en caballero, mientras yo me muero de hambre?

—Desde hoy nada te faltará, pobre hermano; vivirás conmigo. Colocadlo en esta butaca, dijo á los servidores y después que éstos se hubieron marchado, prosiguió: Te busqué inútilmente cuando aquel terrible incendio nos privó de nuestro humilde hogar; ¿qué fué de tí en tan críticas circunstancias?

—Cuando me dirigí á la cabaña, respondió Juan, hallé solo un montón de cenizas. Sin darme cuenta de mi situación, ni preocuparme gran cosa por lo que sería de vosotros, volví á la playa, vendí por lo que me quisieron dar la lancha con la carga que habíamos recogido aquella madrugada, y sin ánimo de trabajar ni pensar en nada, me encaminé hácia Barcelona. Allí viví unos días tranquilo con el escaso producto de mi venta; cuando se

concluyeron los cuartos, me fingí enfermo para que me permitiesen entrar en el hospital, pues ni sabía hacer nada ni me encontraba con fuerzas para ninguna cosa. Pronto me dieron de alta y desde entonces me dediqué á la mendicidad. Enfermo verdaderamente con vida tan miserable, después de haber recorrido implorando la caridad pública muchos pueblos de aquella provincia y parte de ésta, he llegado hasta aquí, cayendo casualmente agobiado de cansancio, de fatigas y de dolores, en la puerta de tu casa.

—No es la casualidad, Juan, es la providencia la que te ha traído á mi lado.

—Sea lo que sea, yo estoy malo, muy malo, pues siento una parálisis terrible por casi todos mis miembros.

Antonio mandó disponer una habitación, médico y todo lo necesario para atender á la curación de su hermano; pero tarde llegaban ya sus benéficos y carifiosos auxilios.

¶ No sólo quedó impedido por completo de piernas y brazos, sino que un cáncer cruel se apoderó de su pecho y lo devoraba por momentos.

Pasado un mes de su llegada á aquella casa, Juan, á pesar de los cuidados y desvelos de Antonio, dejó de existir entre los más agudos dolores, víctima de su pereza y abandono.

En cambio, este joven activo y diligente, vivió muchos años dando incremento á su fortuna, con su asiduidad, inteligencia y constancia en el trabajo.

Casó con una joven modesta y virtuosa y tuvo muchos

hijos que fueron admiración de los extraños por su laboriosidad, talento y bondadosas condiciones.

Antonio, poco después de morir su hermano, dejó la casa en que vivía por otra más humilde, destinando aquel hermoso edificio para casa hospitalaria de los ancianos y pobres impedidos.

FIN



hijos que fueron adopción de los exiliados por sus
 familias, familias y condiciones.
 Además, poco después de morir su hermano, hizo la
 casa en que vivió por otra vez más humilde, destinando
 al hospital para casa hospitalaria de los hu-
 orfanos y pobres impedidos.

FIN